

POR LOS MONTES, POR LA JARA



Juan José Fernández Delgado

J. José Fernández Delgado

POR LOS MONTES, POR LA JARA
(En los confines de las provincias)

Publicaciones del I.P.I.E.T.

Serie VI. Temas Toledanos

N.º 96

Depósito Legal: TO-1.741-1998.

ISBN: 84-87103-87-1.

Imprime: Imprenta Provincial.
Plaza de la Merced, 4. Toledo.

INSTITUTO PROVINCIAL DE INVESTIGACIONES
Y ESTUDIOS TOLEDANOS

J. José Fernández Delgado

POR LOS MONTES, POR LA JARA
(En los confines de las provincias)



Toledo
Diputación Provincial
1999

*A mis amigos Ventura Leblic,
alma viva de Los Montes de Toledo,
y «Beto», el joven,
compañeros de viaje en esta ocasión.
Julio-Agosto 1998.*

HACIENDO CAMINO

De ninguna manera podríamos afirmar sin faltar a la verdad de los hechos que «la del alba sería» aquel día de finales de julio cuando la emprendimos hacia los confines de Los Montes y de La Jara. Daban ocho mazazos todos los relojes, también el de Argés, cuando cruzábamos su renovada plaza que aún presentaba restos de fiestas recientes. Vides, olivas y las primeras estribaciones de Los Montes. Layos roncaba, y su esbelta torre y el olmo juntero hacían vela callada junto al palacio. Hojas de cereal y más olivares y almendros de hueso dulce. Intuimos cercano a Noez y divisamos el amoriscado pueblo de Casasbuenas, patria chica del apellido «Aguilar», de notoria raigambre judía, y su torre con aires de minarete. Cruzamos el arroyo Guajaraz y damos con el decir de la flecha: «Pulgar 7. Cuerva 13». Y en Pulgar, «que antiguamente se llamaba villa de Pero Olgar» y otros, maliciosos, se empecinan en hacer venir el nombre del pueblo de «pellicaris» para llamar *pulgones* a sus habitantes, no encontramos franca la entrada.

–¡Estamos en Santo Domingo! –nos aseguran dos aldeanas que ya hacen tertulia con la escoba en la mano.

–¡Claro, Santo Domingo! Y cierran ustedes las calles para que no vengan los de Casasbuenas a llevarse el santo.

–Sí se van a llevar... ¿No saben ustedes lo de «Tocar, tocar, pero Santo Domingo ya está en Pulgar»?

–Sí, sí lo sabemos. Y toda la historia completa, pero vamos en ruta y la prisa apura.

Cuerva nos recibe con un ostentoso cartel: «Campeonato nacional de doma clásica». Galopamos silenciosos entre los solares de Garcilaso de la Vega y del *Capitán copleo*. Robusta y gallarda se ofrece la iglesia junto al cruce de caminos: «Gálvez 6», pero seguimos hacia Ventas con Peña Aguilera y aparece el granito formando robustos bloques, o bien piedras caballeras que galopan de milagro junto a las reseñas del castillo moro, vigilante antaño de los que entraban y salían de la antigua población de

Peña Aguilera, el erguido y hacendoso molino y el santuario en el Cerro del Águila. Y en Ventas, ciudad de la piedra, con la excusa del amigo hacemos un desayuno nada frugal, ya por golosina, ya por necesidad. En una panadería encontramos bollos suizos que desde nuestra primera juventud no habíamos vuelto a saborear. Buscamos chocolate espeso, tomamos dos o tres bollos y un par de churritos e hicimos acopio de humeantes perrunillas que nos acompañaron por Los Montes y La Jara. Y dejamos Ventas después de cruzar la placita de toros de Santiago del Castillo, que nos recuerda añoradas quimeras de juventud. Por el puerto del Milagro nos sorprenden las «Tetas de Melchora», dos robustas moles de granito que guardan la jurisdicción del castillo, y nos preguntamos por la campanuda aldeana de tan abundantes ubres. A la derecha, lejano, el castillo de Navahermosa. Robles, jarales y monte bajo cencío. Arriba, enormes riscos con hendiduras y cuevas salvadoras de rayos, aguaceros y catalejos *vigilantes de la ley*. Tierra bronca entre rañas, lomas y barrancos. El olor de la jara y del cantueso se imponen en la pulcritud del aire y en el color azul del cielo. Ya estamos, sin lugar a dudas, en tierras de golfines, bandoleros amigos y de maquis, y recordamos al boticario de Ventas.

Bajando el puerto, damos con una cruz de piedra ilustrada en los años cincuenta sobre una plataforma que domina las rañas donde nacen el Milagro, que vierte al Guadiana, y el Algodor, que da, allá por Finibusterre, en el Tajo, *río caudal*. Desde aquí observamos la situación tan estratégica del castillo del Milagro, alzado en un otero aislado que arranca de un valle. «*La Venta de la Lagartija*» nos hace señas, cruzamos El Milagro a pies juntos y pasamos a las fauces del castillo, si antaño baluarte defensivo de Toledo en consonancia con la Torre de Abraham, Malamoneda, Tolanca y las almenas del castillo de Dos Hermanas, ahora festejado por los rumbosos romeros de Ventas.

EL MILAGRO: CASTILLO Y ERMITA.

Fue el castillo, antes de ser castillo, lugar elegido por Alfonso VI para controlar el camino principal que unía Toledo con Córdoba, «lejana y sola», por el puerto de Alhover. Cercano a este paso se levantaron torres y atalayas, se restauraron otras y se inició el repoblamiento del alfoz toledano con gentes mozárabes. En 1146 cedieron terrenos próximos al Milagro a estas gentes esforzadas, en las que levantaron aldeas que, algunas, han llegado hasta nosotros. Es el caso de Villar de los Porcos, hoy Valdepuercas, o Alhover, junto a una torre llamada «Mirador» o «miraculum», de donde surge el nombre de Milagro. Se relaciona también este nombre con el topónimo del pueblo que vio nacer al Arzobispo Jiménez de Rada, empeñado defensor y repoblador de estos pagos.

Cerca, en la angostura del río Bullaque, se había levantado una atalaya en terrenos de otro repoblador, llamado Abraham, por lo que la torre se conoce aún hoy con ese nombre. El objetivo de este baluarte era claro: vigilar el paso por el Bullaque del camino cordobés y comunicarse con la torre del Milagro, con el fin de defender las amplias navas y rañas del valle de El Molinillo. Pero estas defensas no debieron ser

todo lo eficaces que se pretendía, quizá por su aislamiento, pues en 1213 por aquí pasaron los musulmanes en su desesperado intento de recuperar Toledo; arrasaron Ventas con Peña Aguilera, Pulgar y atravesaron el Tajo. Los toledanos –«peones e caballeros e ballesteros»– salieron a su encuentro y les dieron alcance, precisamente, a la altura de la torre de Abraham. Allí combatieron y los árabes fueron derrotados, y para evitar la fuga de los que huían, los toledanos dieron en prender fuego al monte «e quemaron muchos moros». No hicieron prisioneros, pero los cristianos regresaron a Toledo blandiendo en las lanzas las cabezas morunas a modo de trofeos.

Jiménez de Rada escribía en su obra *De Rebus Hispanie*: «... por aquel tiempo el mismo arzobispo repobló el castillo que se llama Milagro en la ruta habitual que utilizaban los árabes para llevar el peligro a Toledo. Aunque se detuvo allí algún tiempo, las obras del castillo no avanzaban al presentarse el impedimento de las lluvias e inundaciones, sin embargo hizo lo que pudo y tras dejar allí caballeros y otros combatientes para que protegieran el recinto de la nueva población, acudió a la iglesia de Toledo...».

No cabe duda de que el arzobispo conocía el valor estratégico del lugar, ni de que estaba interesado en fijar una población que defendiera el paso considerado llave de Toledo en el camino de Córdoba. Y allí, en un altozano cortado por unos acantilados que dan curso al río Milagro, intentó levantar un castillo, quizá junto a una vieja atalaya erguida desde el siglo XI, para apoyar y defender la nueva puebla del Milagro y el camino de Alhover. Y el mismo Arzobispo animaría a los peones en las tareas urgentes de construcción de la fortaleza, y sus murallas, y el foso, y la cerca y, cómo no, la pequeña iglesia donde más de seis veces celebraría el arzobispo los oficios religiosos. Pero unas veces las lluvias y otras las huestes agarenas retardaban e impedían el avance de las obras. Así, en una ocasión se presentaron ante las débiles y aún húmedas murallas del castillo «setecientos jinetes y mil cuatrocientos infantes árabes; durante un día atacaron duramente a los que estaban dentro, de manera que apenas quedó alguno de éstos vivo o ileso. Sin embargo los agarenos, temiendo la entereza de los asediados, se retiraron con muchas bajas por flechas, espadas y piedras, y fueron tan numerosas las pérdidas de los sitiados que ninguno de ellos pudo permanecer en el castillo». Los defensores mandaron mensajes al Arzobispo y éste, a su vez, envió refuerzos que continuaron con las obras de la fortaleza.

El 6 de noviembre de 1214 recibía el Arzobispo por cesión de Enrique I el castillo del Milagro y su término, el del puerto de Alhover hasta el de Orgaz y las Hoces del Guadiana, y los numerosos poblamientos que en este gran territorio se comprenden. Todo se puso bajo el dominio del castillo, con lo que surge el embrión de las tierras que luego serán conocidas como los Montes de Toledo. Jiménez de Rada continuó en su empeño de repoblamiento con el apoyo de Fernando III, quien concedió a los pobladores de los términos del Milagro el fuero de cualquier villa o ciudad que eligiera.

A estos territorios unió el arzobispo los del castillo de Dos Hermanas en Navahermosa, los de Malamedna en Hontanar y los de Muro junto al Guadiana, por lo que sus dominios fueron más allá del Cedeña y alcanzaban las márgenes del

Guadiana. Tan amplio fue el territorio arzobispal y tan estratégico que hubo de inquietar al rey y aun a los toledanos, por lo que Jiménez de Rada hubo de aceptar la permuta que el monarca le propuso: Añover, en La Sagra, y la ciudad de Baza, aún por conquistar, a cambio de sus posesiones. Tres años después, en 1246, vendió Fernando III estas posesiones que fueron del arzobispo a la ciudad de Toledo, naciendo así el territorio de Los Montes de Toledo.

A pesar de los deseos del arzobispo, la puebla no prosperó en el Milagro, de modo que en el siglo XV el territorio se había despoblado por malsano y parte de sus habitantes fundaron El Molinillo y parte se integró en Peña Aguilera y en las aldeas de Avellanar y Casas de Boher. La iglesia se convirtió en una ermita en despoblado, atendida por la nueva parroquia de El Molinillo y la de Ventas.

Documentos del siglo XVI aseguran que los vecinos de Ventas y del Molinillo veneraban en la capilla de la ermita una imagen de la Virgen de Nuestra Señora del Milagro: «Tiene la dicha ermita de Nuestra Señora del Milagro de propios una casa junto a dicha ermita donde se acogen los que vienen a la romería y una posada de colmenas y cuatro cercas para pan y un molino...», además de otras propiedades...

Hoy, este histórico sitio de El Milagro ofrece un paraje desolador: muros de tierra prensada desvalijados, la cerca caída y allanada en su mayor parte, el foso corrido por abrojos y zarzales, como si en sus reales se hubieran verificado los deseos de venganza de la última hueste agarena. Pero sobre estas ruinas venerables nosotros percibimos la amenaza musulmana próxima, la urgencia del momento por hacer sólida la cerca y el foso, y el desasosiego de aquellos parias pobladores y del mismo arzobispo Jiménez de Rada. Y sobre todo ello, se yergue una renovada ermita rodeada de blancos ranchitos que acicalan y visitan al llegar septiembre los ruidosos romeros de Ventas con Peña Aguilera.

EN EL MOLINILLO Y LA FUENTE MILAGROSA.

Desde las cimeras del castillo se ve frontal la Torre de Abraham, pero en la distancia de veinte kilómetros nos detienen dos paradas. Nada más ponernos en marcha, un verde cartelón anuncia que entramos en los pagos de Ciudad Real y, a pocos kilómetros, el filo de la flecha indica el renombre de El Molinillo, histórico y peregrino lugar que vamos a visitar. Dos filas breves de casas igualadas en altura nos reciben, blancas y silenciosas. En la fila de la derecha se alza la oficialidad aldeana: la iglesia con portada neoclásica, las dos salitas de las escuelas que, a través de los cristales, dejan ver dibujos de los niños colgados de chinchetas y una gran mansión que imita un paisaje versallesco, cuyo tapial, refulgente en su blancura, corre paralelo un buen trecho a la carretera. La iglesia está cerrada a cal y canto; sobre la torre un paralítico reloj y sobre el reloj un solitario nido de cigüeña. En la fila de la izquierda, formando una ele porticada, las casas de los pobladores. Entre las columnas que las sostienen y el filo de la carretera se esparce una aseada placita sombreada por robustos árboles en ciernes y refrescada por una fuente cruzada mil veces por carnosos peces de colores.



Iglesia de El Molinillo.

Están hambrientos los peces porque al asomar el dedo sobre el cristal del agua acuden imantados a picar.

Nuestra curiosidad nos lleva hasta las puertas francas de la casona: los pavos se alborotan, despiertan una bandada de gorriones acarrada en el remanso de una oliva y un puñado de palomas aparece entre el alero de la mansión. Ladra un perro invisible y nos detenemos mirando a cualquier parte. Una gran explanada cubierta de césped húmedo cubre el ancho solar de la parcela. Sobre el césped, jaulas deshabitadas de faisanes y pájaros exóticos, y rosales, y malvarrizas, y hortensias, y arbustos trabajados en Versalles, y adelfas, y celindros y falsas pimientas. Manzanos bíblicos. Cipreses al fondo, altos y arrogantes, y sauces que también sobresalen por el tapial. A la izquierda, el azul apetitoso de la piscina invita al refresco. Una versallesca fuente canta por cinco chorros en medio del jardín, y un enorme abedul, por cinco veces centenario, extiende sus alas por toda la fachada de la casona, trepada, a su vez, por la pastoril hiedra. La puerta está cerrada, las ventanas están cerradas y bajados los corre-dizos y persianas. No hemos visto a nadie en el pueblo. Lo más humano ha sido el ladrido del perro...

No. No hemos visto persona alguna por la única calle de El Molinillo que roba su nombre a la carretera. Los colonos que trabajan las tierras duermen la merecida y saludable siesta, mientras las mujeres cosen algún remiendo inoportuno; los niños, seguramente, andan buscando nidos de paloma torcaz. Pero El Molinillo en 1576 tenía ochenta vecinos, que serían todos los primeros pobladores –o descendientes– que habitaron estos arriesgados pagos de señorío. Y descendientes de todos ellos habrían de ser quienes trabajarían las tierras del primer señor de El Molinillo, don Javier de Burgos, político español que llevaría a cabo la división provincial de España que con ciertas y precisas variaciones llega a nuestros días. Claro está que el señor De Burgos construiría una gran casona, ya palaciega, ya de labranza, en el lugar en el que hoy se alza la que vemos. Pero un incendio gigantesco primero y el acoso y derribo de la penúltima intentona carlista después, dieron al traste con aquella mansión. Luego, herederos y nuevos propietarios han prolongado la vida de este asentamiento colonial.

No. No hemos visto persona alguna en El Molinillo, pero nos llevamos una grata sensación de humanidad reflejada en la silueta recogida de la placita, en el poblado nido de cigüeñas desafiando, ora los rigores de enero, ora los sudores de finales de julio que nos acompañan y, sobre todo, en esos dibujos infantiles que exhiben sus ingenuos colores tras los cristales.

.....

La hora avanza y sus calores, por lo que viene al caso una cervecita que sacamos entre los últimos copos de hielo. El coche gruñe entre hojas de cereal, robles y pinos repobladores y eucaliptus de mala sombra camino de Horcajo. Chaparrales guiados entre robustas encinas. El castillo de Prim al fondo, y nos acordamos del valiente Moraleda y de su generoso corazón. También nos saluda en la lejanía la finca del

Castañar, y tenemos memoria para el cardenal Cisneros que aquí buscaba reposo y apartamento que la reina Isabel no le consintió, y para el ameno escritor Félix Urabayen, que dedicó dos maravillosas estampas literarias a los anhelos del cardenal por una hora de sosiego en estos parajes, y a su sosiego por creer que ya los había alcanzado, y al sobresalto del franciscano cuando le llevaron el recado de que debía regresar a Toledo «sin reproche y sin dilación».

De pronto, vemos una enorme mancha azul despuntar entre los troncos erguidos del bosque. Es el mar de los Montes: el Embalse de Abraham.

–¡Imposible! –exclamo sorprendido por la visión refrescante e inesperada.

–No. No es imposible. Ya lo verás –argumenta Ventura.

–¿De dónde el agua? –pregunto no sé si para reafirmar mi argumento de «imposible» o rendido ante la evidencia.

–Del Bullaque, que viene hecho un hombre desde Retuerta, y del Milagro.

–¡Imposible! –vuelvo a exclamar–. ¿No hemos cruzado El Milagro a piejuntillas hace un rato?

–Sí, pero luego cobra energía con el agua de las vaguadas.

–Bueno. Así será.

El amigo Beto, el conductor, sigue atento la conversación y al filo de la ruta. Dos curvas seguidas traen autos aparcados con más o menos imprudencia y el nuestro se detiene también. Dos camionetas y cinco turismos hacen tertulia mientras aguardan el turno del chorro: abundante, cantarín, fresquísimo y puro. Pones las manos en el chorro y se te llenan de cristal. La gente llena cantimploras y botellas; la gente se lava y refresca entre ruidos de satisfacción; la gente sonríe y habla entre exclamaciones mientras espera el turno del chorro. Y presidiendo el chorro, una hornacina, velada por una reja en cuyo centro resalta la cruz, guarda una imagen pequeñita de la Virgen erguida con el Niño en brazos y otras muchas de santos y santas. Parece una lugareña joven de Los Montes.

La hornacina se encuentra llena de flores, de velas y cirios de los que en las cate-drales y lugares píos se encienden con moneditas; de cintas de colores y de monedas. La hornacina está también llena de citas firmadas por jóvenes de Siruela, y de plegarias, y de oraciones y poemas más rípidos que menos, y de agradecimientos. Otras leyendas sólo se empeñan en mantener la fecha en que por allí pasó el firmante. También se leen refranes y consejas, y textos que hacen referencia a las excelencias de esta agua milagrosa. Vemos también corazones traspasados por dardos amorosos: de las gotas de sangre cordial penden nombres enamorados...

Nosotros, sin quitar ni poner rey, más sedientos y sudorosos que crédulos, nos refrescamos hasta empaparnos, mojamos también la camisola para que guarde el frescor cuando no lo haya y damos cuenta de un par de perrunillas de las de Ventas, Ventas con Peña Aguilera. Y mientras nos secamos entre el sí y el no de la brisa, nos deshacemos en sonoras exclamaciones ante el mar apacible de Los Montes, colocado porque sí a más de 900 metros verticales del mar de Alicante y del Tajo hecho mar en los aldeaños de Lisboa. Al final deducimos que es un mar milagroso, porque es mar y no es mar. Es mar por su infinitud, por la planicie azul hecha cielo, por la

misma mansedumbre de altamar cuando está en calma y los vientos callan y porque a este mar vienen a morir varios ríos; y no es mar porque falta el ritmo rítmico del oleaje, y porque faltan también los barcos que vienen y van, y porque no vemos grandes mercantes cargados con cientos de toneladas parados en medio, sin hundirse, nada más porque sí.

—¿Es mar o no es mar este mar de Los Montes? —pregunto a los amigos.

—Es mar, pero un mar fabuloso. Está a 980 metros por encima de los demás mares y, además, se forma con agua milagrosa. ¿No ves que aquí llega el Milagro? —argumenta Beto limpiándose el sudor fresco de la evangélica calva.

Antes de partir, también tenemos consideración con el coche y le damos agua milagrosa.

De la mano del Embalse corremos un buen trecho, hasta su orilla velada por la mismísima torre de Abraham, señera a 987 metros de altura en lo más angosto del desfiladero, único tránsito viable en tiempos de la morería cordobesa; ahora triste y mohina por encontrarse en una finca vallada. Y cruzada la histórica torre, encontramos el hilo del renacido Bullaque que parece guiarnos a la «tierra prometida».

—En efecto. El Bullaque nace dos veces, fíjate.

—Ventura, ¡por Dios! ¿Cómo va a ser eso posible? ¿No dijiste que el Bullaque viene hecho un hombrecito desde Retuerta, en cuyos confines nace? ¿Cómo dices ahora...?

—Exacto. Allí nace, y muere en el mar de Los Montes, en el Embalse, y del Embalse mismo renace. Mira. ¿Ves ese hilo que cruza franco el desfiladero debajo de la torre?

—Claro que lo veo.

—Pues ése es el río Bullaque que va a buscar al Guadiana.

—Es decir —dice Beto—, se trata de un río que nace entre unas peñas, como Dios manda; como Dios manda sigue su curso sin volver la vista atrás, desemboca en el mar de Los Montes, es decir, muere; vuelve a nacer de sus propias cenizas como el Ave Fénix y emprende un largo camino hasta Ayamonte y, después, vuelve a morir ¡Ver para creer! —exclama.

—Vaya, por Dios. El Bullaque, en definitiva, nace dos veces para morir otras tantas.

—Así es. Míralo —dice Ventura—. Si continuamos a su vera, llegamos a Huelva.

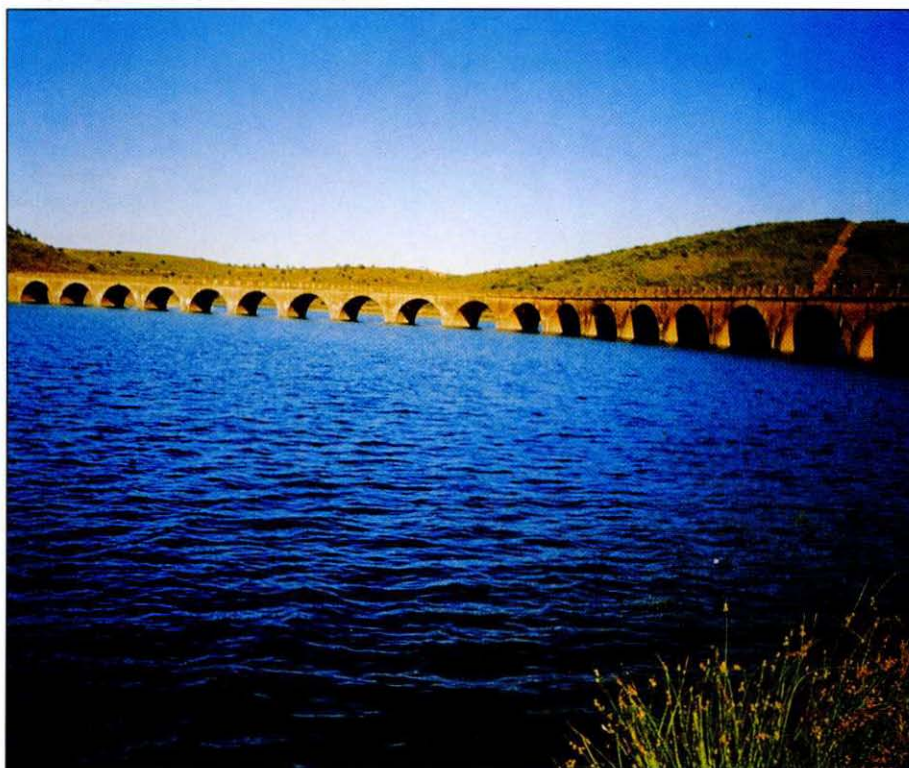
Pero no, corremos paralelos hasta Pueblonuevo de Bullaque, junto a la Peña de la Toledana, cruce de caminos y faro también para quienes desean visitar el formidable Parque de Cabañeros.

POR LAS LINDES DE CABAÑEROS

«Grandiosos lugares que deberían,
por siempre permanecer inmutables».

El General Prim

En el mismo punto del cruce, a la izquierda de la ruta, se encuentra Pueblonuevo del Bullaque, poblado-despoblado de colonización en el que existe un centro de infor-



Pantano de Cijara.

mación para el visitante; a la derecha, entre pinos y eucaliptus, las oficinas del Parque Nacional de Cabañeros, atendidas por dos amables señoritas que se deshacen en deseos de atendernos: mapas, rutas posibles, normas para visitar el parque, información sobre la fauna y la flora y agradables sonrisas.

—Ahora, en la ruta que seguís hacia Santa Quiteria —nos dice una de las señoritas—, en la Casa de Palillos, tenéis otra oficina en la que se exhibe un museo etnográfico y fáunico del Parque. Os dará una mínima información de lo que es el Parque en sí. No dejéis de visitarlo.

—No se preocupe, señorita. Lo visitaremos.

Y en efecto, entre enormes fincas de caza a la izquierda de la ruta, pequeñas aldeas que conservan lo más peculiar de la arquitectura rural, rañas fijadas al suelo por autóctonas y familiares encinas, osados aguiluchos que se entretienen haciendo acrobacias aéreas bajo el cielo azul y perdices que cobran aliento a la sombra de un grupo de chaparros en amena tertulia, llegamos a la Casa de Palillos. Reconocemos que al oír por vez primera lo de «Palillos», pensamos en aquel formidable faccioso y que la «Casa» era su casa. Pero no. Se trata de una enorme oficina de información que abre y cierra las puertas del Parque, en donde otra señorita se esmera en enseñarnos el museo allí citado: aves disecadas, cabañas ejemplares de las que usaron los campesinos que trabajaban el monte y dieron nombre al paraje, utensilios de trabajo y de la vida diaria, un buitre negro de más de dos metros entre los picos de sus alas, paneles explicativos de todo lo que el parque contiene y alimenta...

—En la dirección que llevan, a dos kilómetros del punto en el que nos encontramos, no dejen de observar una gran población de cigüeñas negras a su derecha.

—¿Las veremos desde la misma carretera?

—Sí, a menos de cincuenta metros.

Y allí, sobre los troncos pelados de veinte alcornoques y quejigos de la raña, despuntaban los garabatos de cigüeñas que se avienen mejor con la paz y soledad del campo que con el índice espiritual de las espadañas y campanarios. No es que las cigüeñas negras sean misántropas, ni tengan nada contra los relojes de las torres aldeanas, ni contra los sacristanes; viven en el campo porque son introvertidas y celosas de su vida íntima. Y así pensando, llegamos a Santa Quiteria, pedanía de Alcoba. El sol del mediodía aprieta y decidimos tomar una cervecita, fresquita y acompañada con tapas.

El sol tuesta la cal de las casas blancas, bajas, unifamiliares. Los banderines multicolor de fiestas próximas o recientes cruzan la calzada sin moverse un punto y un grupo de chavales corren con la bici por la terraza del bar. El bar es una sala grande cuya anchura recorre la barra que ofrece variadas tapas y la posibilidad de comer. Pero hemos decidido llegar a Alcoba para dar al cuerpo lo que es del César. Ahora se trata de refrescarnos y de lanzar la conversa al camarero:

—Sí. Fresquitas y espumosas. Así. Y tres «toreras».

En un tablón de corcho dos o tres fotocopias anuncian las fiestas del poblado: concursos infantiles, juegos de cartas, actos religiosos y una procesión. EL MESTO.

—¿Qué? De fiestas, por lo que veo —pregunta Beto.

–La semana que viene –dice el camarero, dejándonos las cervecitas echando humo de fresquitas que están–. Son fiestas sencillas, sin tronío, pero estamos deseando que lleguen porque viene gente de estos pueblos, y todos los emigrantes.

–Celebrarán también a Santa Quiteria, ¿no? Porque llamándose el pueblo...

–Sí, claro. En mayo. Les voy a poner unas tapitas de queso manchego, curadito. En aceite, sí. De esto que ven ustedes en la barra.

–Poco. Nos esperan para comer.

–Pues vengan otras cervecitas que acompañen al manchego –pido yo mismo–. ¿Qué es lo de «El Mesto»?

–La Asociación Cultural de Santa Quiteria. Prepara las actividades ludo-culturales que se desarrollan en la zona recreativa La Tabla.

–¿Y por qué «El Mesto»?

–Usted sabe que el mesto es un árbol que nace del alcornoque y de la encina. Pues ahí tenemos un hermoso ejemplar, que cuidamos como oro en paño. De ahí el nombre de la Asociación.

–¿Y por qué el nombre de Santa Quiteria?

–No sé. Cuando nací ya me lo encontré hecho. Probablemente porque pasara por aquí la santa camino de Marjaliza, donde encontró el martirio. De todas formas tiene un culto muy extendido por todas partes.

En un ángulo del bar están expuestos los trofeos –medallas, copas de variados tamaños y peso, jarrones de cerámica, platos de cerámica también– que se llevarán los ganadores en las competiciones.

–Claro. Éstos son los trofeos.

–Sí. Ahí los exponemos para que los vea la gente y se anime a participar.

–Nadie podrá decir que ustedes prometen y no dan.

–Ah, no. Ya lo ve todo el mundo.

–Pues nada. Que gane el mejor, bueno, los mejores. Sañud y a divertirse –decimos por desdado dando cuenta del último trago de la jarra.

PARADA Y FONDA EN ALCOBA

... Y eran las tres y treinta en la mayor parte de los relojes que nos rodeaban en Alcoba cuando se alzaban los manteles en el restaurante *Salpri*, donde comeríamos sin que nadie nos esperara. ¡Qué bueno estaba el gazpacho, de entrada, fresquísimo!, aunque no sé por qué esta moda de tomar el gazpacho antes de comer; de toda la vida se ha tomado al final, para que se lleve todos los sabores de la comida, limpie, como Dios manda, el exófago y deje en el paladar –duro y blando– hasta mediada la tarde todos los sabores de la huerta. Pero, en verdad, estaba buenísimo. Mientras dábamos buena cuenta de una copiosa fuente de *venao en salsa*, ¡fabulosa!, el escritor portugués José Saramago y Ana María Matute nos saludaron desde la repisa del televisor, sin que por ello nuestro anfitrión, el señor Alcalde, interrumpiera sus explicaciones y sugerencias sobre Alcoba y sus alrededores:

–Celebramos con los de Santa Quiteria a nuestra patrona, Santa Quiteria, el 22 de mayo. Sabéis que tenía nueve hermanas y todas fueron santas. Y el día 23 de ese mismo mes, a Santa Rita, fiesta en la que damos buena cuenta de los «sobaos». Y a finales del verano, entre el 13 y el 16 de septiembre, festejamos al Cristo de la Vera Cruz. También celebramos a Santa Lucía con unas luminarias «que pa qué». Y todo ello sin olvidarnos de los carnavales ni de San Isidro. En los carnavales celebramos el «maculillo», que consiste en mantear a un joven. ¿No veis que las que mantean son las jóvenes? Pues, ¿a quién van a mantear si no?

–A ver. Tu verás –sentencia Beto.

–Pues sí que –digo atando la mueca de la sonrisa con un trago de sangría.

–Con el «ahorcao» cerramos los carnavales y damos paso a la Cuaresma.

–Pero no ahorcarán a nadie de verdad –exclamo aterrorizadísimo.

–¡Qué coños vamos a ahorcar, si estamos en fiestas!

–No. Ya no quiero más venao. Me he puesto como un obispo. ¿Qué nos das de postre? –le pregunta Ventura.

–Arroz dulce de la casa con canela en rama.

–No se hable más. Vengan tres cuencos –pide Beto.

–Yo una «tarrina».

–Pues yo me tomo otra y os acompaño –añade el edil.

El alcalde ha traído unos folletos sobre Alcoba. Y dando cuenta de los postres y de una copita de orujo de alambique propio, prosigue:

–En verdad, Cabañeros nos ha dado la vida y ha hecho del pueblo la capital de la zona. No en balde Alcoba es el pueblo que contribuye con más terreno, ¡17.000 hectáreas!, que se dice pronto. Mira ahí el Centro Geriátrico, el Cuartel de la Guardia Civil, El Museo, que ahora vais a verle. Mi hija os le enseñará, el Centro de Usos Múltiples, donde celebramos desde hace doce años la semana cultural.

–¿Cuándo? –pregunto.

–La primera semana de agosto. Mañana se inaugura. Estáis invitados.

–Esto es para haberlo sabido antes. Habríamos preparado alguna actividad. Pero ya vendremos otro año. ¿De dónde el nombre de «alcoba»?

–Dicen que es una «voz árabe que se interpreta peso publico». Tome este folleto y se enterará de más cosas de Alcoba.

En efecto. Según las *Relaciones*, este lugar «que no es ciudad, villa ni realengo, solo si de señorío», fue fundada a principios del siglo XVI por un tal Juan de Real y, desde entonces, «Toledo habla por este pueblo en corte como cosa propia y que a las juntas de reparticiones van a Retuerta que es acomodo de todas las cuadrillas de Toledo».

–Y usted, ¿qué es lo que escribe?, que no hace más que escribir. Menos mal que la «tarrina» no se le va a enfriar. Si fuera una sopa...

–Anoto las explicaciones que nos das de Alcoba. Luego saldrán en el libro que estamos preparando.

–Oiga. Ya me mandará una copia. ¡A ver qué pone de Alcoba!

–Cuenta con ella. ¡Faltaría más! ¿Y este orujo, que está tan bueno?

–Es de la casa. Beba y calle y no hablemos más del orujo. ¿Hace otra copita?

–No, ya no más. Me quedaría frito –digo apurando el trago–. Y para que no nos acometa el sopor, vamos al Museo Etnográfico.

–Al museo y a la iglesia. ¡Vaya retablo que tenemos! Ahora está recién restaurado.

–Pues vamos antes a la iglesia y desde el museo nos acercamos a Arroba.

Y alzados los manteles y cruzada la carretera, vamos en busca de Macario, que hace las veces de sacristán y fue testigo de un milagro.

–¿Que hay del milagro? –le pregunto mientras nos abre la puerta.

–Dejemos eso ahora –contesta pidiendo que no insistamos.

Es pequeña la iglesia de Alcoba, pero no tan pequeña que no quepa en ella un hermoso artesonado de madera, curioso y bien conservado, y la imagen del Cristo de la Vera Cruz, a la entrada, venerado por todo el pueblo y la pedanía de Santa Quiteria, y la misma santa con un ramito de palma triunfante en la mano y un perro con un panecillo redondo, probablemente un «sobao», en la boca. Presidiendo el altar mayor, está el retablo con la Piedad y todos los elementos de la Crucifixión: clavos, corona, escalera, etc. En verdad es un bello ejemplar del siglo XV con las últimas reseñas góticas que se dejan apreciar con precisión. En un lateral vemos un arca de ostentosa llave.

–Este arca tiene su historia –dice Macario saliendo por la puerta. Es el arca de Santa Quiteria. En él se encerraba todo lo que se ofrecía a la santa. Cuando no cabía más en el arca, se quemaba el resto. El arca tenía una gran llave que, hecha ascua, se aplicaba a las demás puertas de madera hasta dejar en ellas la señal de la llave.

Dejamos a Macario a la puerta de la iglesia y regresamos al *Salpri* a buscar a la señorita que nos enseñará el museo. Se trata de una casa antigua adecentada para la ocasión, pero conservando su estructura y distribución: las paredes de tapia, de madera los techos y el suelo enlosado. En el corral destaca el empedrado, y sobre él un chozo completo de carbonero y de pastor y un horno de leña útil y servible, un carro armado para sacar la mies, una máquina de limpiar. Aperos y utensilios de labranza y otros muchos de los hogares de nuestros antepasados próximos: cántaros y cántaras, alforjas y aguaderas, castillejos, almireces, candiles y carburos; una alcuza y dos alcancías, un molinillo, zafres, tres o cuatro fuelles de distintos tamaños y soplidos, tenazas, tenacillas y trévedes... En un vasar, júcaras para el chocolatito de las bodas, cuencos... ¡El pupitre doble!... El pupitre tenía dos asientos independientes y dos respaldos, y dos agujeros para colocar sendos tinteros. Una hendidura a modo de canalillo, que recorría el doble pupitre de un extremo a otro, servía para poner el palillero y el plumín y también el lápiz.

El doble pupitre tiró con la fuerza irresistible del imán de la voluntad de Beto y de lo poco que quedaba de la mía y nos hizo colegiales momentáneos. Y como colegiales, recitamos la tabla del cinco y luego la del ocho. Y, de pronto, surgió la melancolía que nos trajo el sonrojo para deshacer la pueril felicidad. Y, de pronto, todas las cosas antes mencionadas miraban al intruso... Si, de pronto me vi rodeado de tantas cosas que deshacían mi infancia y la tornaban borrosa entre la niebla...



El río Guadiana haciendo frontera en Los Montes.

Y así, rezumando melancolía, salimos del museo y volvimos a hablar con el alcalde para apalabrar la cena y la cama.

FONTANAREJO DE LOS NARANJOS Y LAS HOCES DEL GUADIANA

La tarde era alta, espaciosa, hecha azul intensa por todas partes; pero ya, sin más dilación, proseguimos la ruta hacia Fontanarejo, «Fontanarejo de los Naranjos», acomodado como puede en una ladera, que nos da la bienvenida en una pancarta «Un mundo entre montes», y mentira no es. Desde la misma carretera divisamos la torre de la iglesia y decidimos buscar el altozano.

El pueblo es pequeño, con casas bajas, blancas y bien conservadas; algunas, de esmerado estilo popular, exhiben aún su antigua rejería en esquinados balcones y ventanas coquetas; otras presentan puertas pequeñas de madera partidas en dos: la de arriba mantiene el postigo, y ventanucos guardados por celosías, y boquerones para vernear la paja desde el carro.

Una empinada calle nos alza hasta la iglesia, cerrada a cal y canto, con San Felipe y San Santiago en su interior. Pero nos asombramos con la señera torre, alta y esbelta, de dos cuerpos bien diferenciados: piedra y mampostería y ladrillo en el campanario. Y sobre el campanario un abundoso nido de cigüeña.

¡Qué panorama tan inagotable se divisa desde la altura terrera de la torre! Arroba aparece en respuntes blancos esparcidos en la base de una ladera corrida por enfiladas columnas de olivas; lomas que avanzan en la lejanía y se pierden en valles ya llenos de umbría, montes empinados que encauzan el traspuesto y enigmático Guadiana, hojas de cereal pastosas y amarillas...

En el frente principal de la iglesia, una hornacina vacía y un reloj de sol casi desapercibido sobre el arco de entrada, y esgrafiados del siglo XVI que dejan leer la fecha de 1593. ¡Qué curioso! Es la primera vez que vemos esgrafiados con fecha de nacimiento...

Pasamos por el histórico pueblo de Arroba con la idea de visitar la iglesia y su bella torre mudéjar y portal renacentista con arco de herradura, pero la tarde no se detiene y, cobrando altura entre jarales y montes ganados por limpios olivares, decidimos llegar a las Hoces del Guadiana. En la mitad del puerto de Arroba el auto se detiene y, como la esposa de Lot, volvemos la vista atrás: olivares en serie y otros desordenados; color rastro y verde-aceituno, llanura ascendente hasta llegar a las cimas de Fontanarejo, y Arroba aquí cerca, debajo, estirada y acombada en la ladera. Y desde la corona del puerto, mirando a Puebla de Don Rodrigo, hondonadas que suben y bajan repletas de monte espeso y variado, de jaras y madroños, y ladierna, y cornicabra, y robles fornidos, y chaparros empañados en hacerse encinas y pinos repobladores, ¡y el fantasmagórico espectáculo del Guadiana! que, desnortado, busca su rumbo en el arco de la herradura. Vemos un hilo de agua que prosigue su curso sin sobresalto alguno hasta llegar a la base de un monte que se ha cuadrado ahí, en medio, y ha dicho: «aquí estoy yo. De aquí no me muevo». A partir de ahí, el Guadiana intenta hacer de las suyas, como en Ruidera, pero ha dado en roca; y al no conse-

guirlo, decide bordear el otero. Pero llega un momento en que la cabecera del río se pierde desde la altura, y vuelve a resurgir a los pies de otro monte tan flamenco como el anterior, de modo que regresa dando la espalda a Ayamonte. Son curvas perfectas, magníficas, espectaculares; son rectas paralelas hechas con tiralíneas... De todo ello se compone el laberinto de Creta, y en él el enigmático Guadiana buscando su propio norte.

Y en la corona del puerto hemos decidido bajar hasta la vera misma del río y, por qué no, hasta La Puebla de Don Rodrigo, lindante ya con tierras extremeñas. Y en la vera misma del río, en el remanso de un sotal, jugamos con el río mismo mientras se desvanece en suspiro de arroyo: lo cruzamos por donde queremos, salvando unos charcos que, poco a poco, hacen la corriente; intentamos coger ranas y descifrar el canto de unos pájaros. Olmos, almuces, fresnos verdes con sus vainas amarillas llenas de fruta; poleo, taray, juncos y juncia y alisos centenarios.

–¿Cómo es posible que este hilillo –dice Beto– haga lo que hace ahí más allá?

–Ahí más allá y aquí más acá. Porque, dime, ¿de dónde le viene el agua para hacer esos arcos, y esos regates, y esas líneas paralelas abocadas a no encontrarse nunca? ¿Y ese dar la espalda a Ayamonte? ¡Vaya desplante a la ley universal!

La Puebla de Don Rodrigo, pueblo recordado de otros viajes, está en el valle de Tiertefuera, y es sabedora de todos los desvelos del Guadiana. Es gente curiosa la pueblana: ha asimilado lo «cachazuo» de la gente extremeña que está de vuelta de las conquistas y de las prisas, y su forma de hablar, adcentada con «argo» andaluz. Pero, si observan que las estudias, acuden a la pronunciación castellana. Damos una vuelta por el pueblo buscando la plaza y en ella la iglesia. Y la encontramos. Es robusta la iglesia, alumbrada por arcos ojívalos. El ladrillo y su color rojizo nos alejan de la piedra sillar toledana.

Y aquí en La Puebla, adonde no llega «la romanza de los montes», damos la vuelta al mundo y regresamos a Alcoba.

La noche se va cerrando y el coche se duele subiendo el puerto de Arroba. Desde lo alto vemos los ojos parpadantes de numerosos pueblos montunos, y suponemos a sus gentes buscando la fresca, o recordando épocas próximas y ¡tan lejanas! de carboneros y artesanos...

–Mira. Aquel pueblo debe de ser Alcoba.

Desde ese instante, el auto la emprendió sin pausa. Y en Alcoba, Alcoba de los Montes, dimos cuenta de la cena apalabrada en amena compañía con el señor alcalde y a la una buscamos el frescor suave de las sábanas.

HACIA HORCAJO

También faltaríamos a la verdad si afirmáramos que en Alcoba levantamos el vuelo con «la del alba», pues el succulento desayuno, que no desglosamos para no excitar el apetito a más de dos lectores, y la locuaz conversación del alcalde, hicieron que los relojes sonaran diez veces cuando el auto empezó a rugir. Y no habíamos encontrado aún el acomodo en el asiento entre las primeras rañas y sierras, encinares

aún sombríos, vides y olivares que empezaban a despertarse, el inmenso dorsal de un monte quemado y dos aguiluchos que sobrevuelan bajo el azul intenso, cuando surgió la sorpresa en lo más elevado del más elevado monte: una grandiosa ermita con un alero modernaco que me recuerda el monumento a los descubridores alzado en el sitio de Belem, en Lisboa. Es tan grande y tan pretencioso en su innovación que nos parece un convento amigo del Palmar de Troya. Y como somos ricos en curiosidad pedimos al auto que nos encumbre hasta el monumento, todo él de piedra-pizarra del lugar. Allí, con unos obreros encendemos y atizamos la conversa:

—Todo esto lo levantó Utrera Molina, el que fuera ministro de Franco. Este pabellón fue su casa de recreo, y aquí venía cada dos por tres con su familia numerosa y todos los amigos de su numerosa familia. ¡Si estas paredes hablaran! ¡Las fiestas que aquí se han dado! Luego, cuando quedó esto abandonado, la gente se ha llevado «que ni se sabe». A ver. Todo lo que podían. La iglesia está ahí, detrás. Después fue albergue del Frente de Juventudes.

—¿Y qué hacen ustedes aquí?

—Pues reformarlo durante cuatro veranos.

—Pues ánimo, que ya queda poco.

—A ver si este verano...

—O el que viene. Ya puestos...

—Ahora quieren que sea Aula de la Naturaleza, y aunque no está terminado vienen jóvenes de toda España.

—¿Podemos verlo por dentro?

—Pascn ustedes.

El edificio es como un colegio moderno acoplado para ser internado de dos plantas: cocina, comedor, dormitorios, aseos y urinarios, somieres de literas, mantas cuarterteras, taquillas de chapa, como aquellos armarios compartidos de San Servando que, al apagarse las luces del dormitorio por la noche, recibían en la más impune oscuridad cientos de impactos de lentejas, de garbanzos y habichuelas, y de cuantos objetos arrojadizos con gomas apropiadas «pudieran ser».

Salimos fuera con recuerdos estudiantiles:

—Claro, que en esta explanada se cantarían el «Cara al Sol».

—Y se hacía gimnasia, y se rezaban las flores en mayo —continuó uno de los trabajadores—. Y eso lo dice uno que aquí estuvo en el 70 ó 71. Ya no me acuerdo.

Desde esta privilegiada plataforma vemos montes encadenados, llanuras que se apresuran hasta las raiñas, pueblos apiñados en valles o en laderas, campos de vides, olivares... Vemos también el inmenso campo de fútbol de Horcajo:

—¡Y tan grande que es! ¿No ve usted que sólo nos costó pedir así de grande? —dijo un empleado abriendo los brazos.

—¿Y eso?

—Pues porque todo este terreno era del pueblo, de modo que cuando hicieron este pabellón y la iglesia... ¡A ver si se van a ir sin verla! Está dedicada a la Virgen de Guadalupe, la patrona de Horcajo.

—Y de toda Extremadura.

–Le decía –decía el trabajador– que cuando hicieron esto nos dijeron: «¿Qué queréis?». Y como en Horcajo teníamos fábrica de harina, pues dijimos un campo de fútbol grande-grande. Y ahí está.

–No. Si ya le he dicho que es grandecito.

–Toma, pues por eso.

Desde esta privilegiada plataforma vemos también la espalda calcinada del monte.

–Anda que fue chica la quema. ¡1.500 hectáreas!

–¿Todas pertenecen a Horcajo?

–Y a Navalpino.

–¿Y cómo se inició el fuego?

–Pues... Pues como siempre que no lo provoca el calor y el rayo. Intencionado.

–¿Será posible! ¡Mal rayo los parta! –exclamo.

–Y tan posible. Pero yo de eso no quiero ni hablar.

Un viento apacible cruza la explanada y hace silbar los árboles que guardan la fuente.

–Aquí, cuando hace viento, no hay quien pare. El día de viento *pasao* hizo buen paño por aquí. Tronchó un ni se sabe de árboles.

Pero desde esta privilegiada plataforma no se ve Horcajo.

–En el valle. Cuando baje usted unas cuantas curvas, verá usted Horcajo.

–¿Veré también la fábrica de harinas?

–Sí y no. Sí porque ahí está el edificio y no porque ya no funciona. ¡Qué fábrica de harina! ¡Eso sí que era una fábrica!

–De harinas, supongo –digo.

–Claro, de harinas. ¡De qué si no!

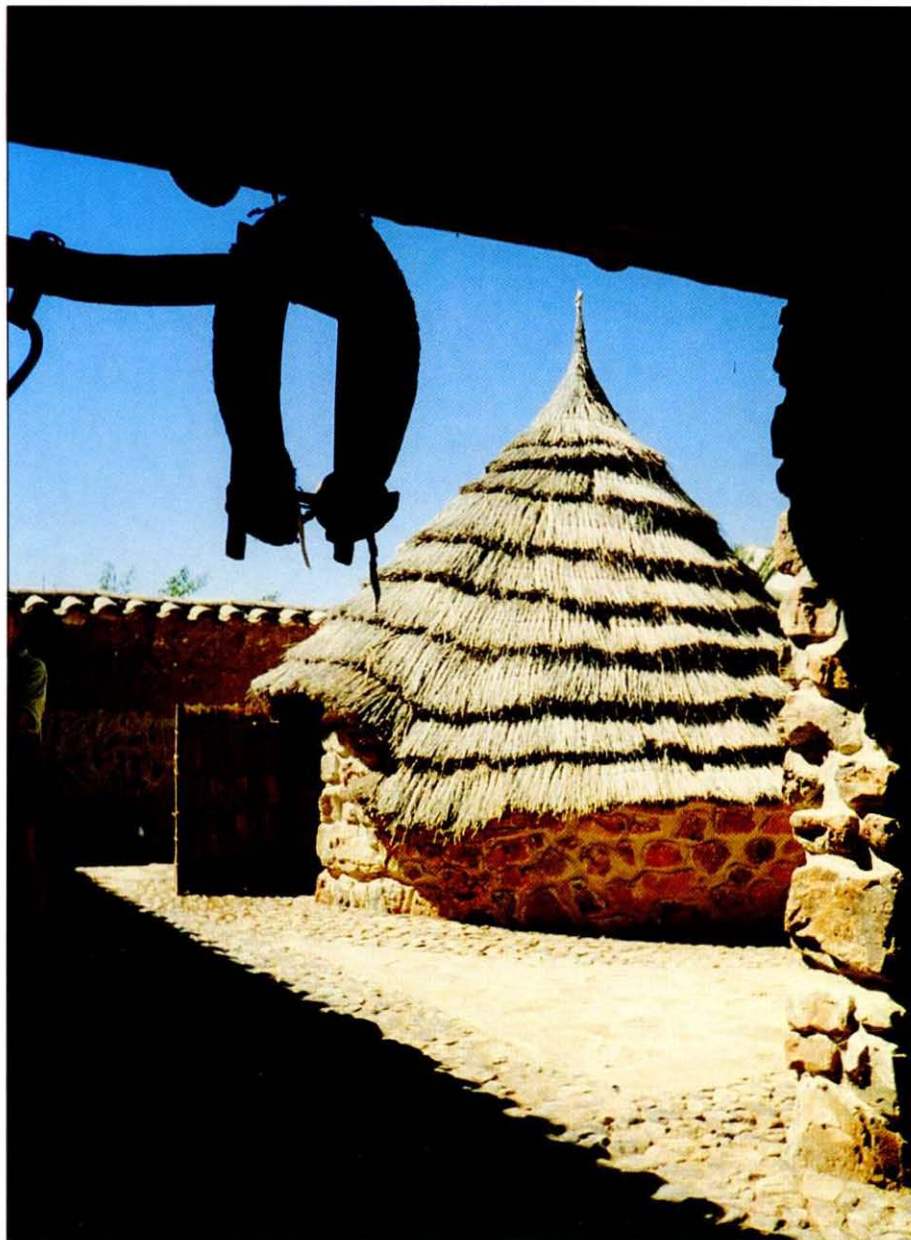
–¡De corcho!, que no habrá poco en Horcajo.

–¿Qué va a haber poco corcho en Horcajo con tanto monte!

–Pues eso. Bueno, les dejamos descansar un poquito. Vamos a ver la iglesia. Muy agradecidos por sus explicaciones.

De la explanada sale un caminito empinado, hecho de pizarra del lugar, que nos lleva a la iglesia, en verdad hecha con buen gusto moderno. La fachada principal, y todo el exterior, levantado con ladrillo de Cobeja antes de que se cocieran en Cobeja ladrillos, está revestido con láminas de piedra pizarrosa que dejan ver sus vetas, isobaras y ramificaciones. En la cimera, se yergue un mosaico de Parra coronado por la imagen de la Virgen de Guadalupe. La puerta es de cristal policromo guardado por la rejería que deja ver el interior, conformado por una ancha nave. Al fondo, sobre la cabecera del altar, la imagen morena de Guadalupe. Una gran lámpara pende en el centro. Las paredes, pulcramente encaladas, están desprovistas de adornos del santoral. Su lugar lo ocupan más de treinta hermosísimas casullas y otros objetos de valor propios del culto. Sí, muchas casullas y objetos preciados generosamente donados vemos en el interior, de modo que más que la virilidad del Frente de Juventudes, presentimos la mano del Opus y su Obra.

Pero más que la iglesia... Desde este balcón sobrenatural tenemos el lomo de los montes a nuestros pies y las águilas a nuestra altura; los barrancos cobran profundi-



Museo etnológico de Alcoba.

dad, los árboles pierden altura y los autos pasan veloces por la vía imitando a los escarabajos.

HORCAJO Y SUS MONTES, LUGAR DE PASO

¡Qué bien se ve el término de Horcajo desde el envidiado balcón de la ermita! Son cerros, altos unos, más bajos otros y todos de diferente magnitud, pero unidos y entrelazados, de modo que es imposible decir dónde empiezan unos y terminan los demás, pues unos nacen sobre otros, «y otros sin acabar de quebrar empiezan a subir, sin dejar tierra llana más que las rañas o cumbres de ellos»; son valles cuajados de monte bajo y alto «y de casi todo género de árboles y yerbas silvestres», umbrosos aún por la hora de la mañana. «Lo más común es, en el monte alto, encina, roble, quejigo, alcornoque, fresno y aliso; en monte menor es tejo, madroña, jara, retama blanca y negra, romero, carquesa, layerna, cornicabra y acebo. En yerbas lo común es centaurea mayor, enjuncia, bordolobo, tomillo, poleo, trébole, salguinaria, barbanzuelo y otras».

Quien así habla es don Felipe José García, «cura propio de dicho lugar del Orcajo de los Montes», al contestar algunas de las preguntas que le pidiera el ilustrado cardenal Lorenzana para sus *Relaciones*.

De todas formas, el párroco no debía ser nativo de Horcajo, de Horcajo de los Montes, porque, a la pregunta referente al número de vecinos del pueblo, escribe que consta «éste de ciento y treinta vecinos, incluyendo en este número los muchos inútiles que ay». Dice también que Horcajo no posee, ni dentro ni fuera de su población «combento ni hermita alguna, a excepción de una hermita como un tiro de bala... dedicada a san Sebastián; y otra... adlocación de san Juan Baptista; y ambas bien derrotadas». En fin; éstos y otros detalles manifiestan el poco afecto del «cura propio» hacia Horcajo.

Pero nosotros hemos bajado reiteradas curvas de treinta por hora, que escondían en su seno hondos precipicios y mostraban rañas pedregosas adosadas al pie de sierras que nacían vigorosas de las mismas llanadas, y hemos llegado ante la renovada fachada del Ayuntamiento, de primorosa y bien surtida biblioteca y, además, visitada por la población infantil. Y nos ha llenado de alegría. Los chavales consultaban anaqueles, los chavales atendían a una maestra, los chavales estaban sentados en las mesas coloreando hojas impolutas de papel. En el Ayuntamiento reinó la cordialidad y nos fuimos al museo, verdadero arcón de recuerdos y de curiosidades.

Es el Museo Etnográfico de Horcajo especial, lleno de visitantes y una bandada de chiquillos que atendían con los seis sentidos, seis, las explicaciones de los monitores. Se trata, realmente, de un museo «viviente», cosa que jamás habíamos visto ni supuesto. Jamás habíamos visto una colmena viva, sí, como lo oyen, viva. En una urna de cristal se exhibe un gran panal «de dulce miel» que las abejas han labrado con esmero y tesón y, naturalmente, las abejas labradoras y la reinita también. Las ves entrar en la urna, meter con ahinco medio cuerpo en las celdillas para depositar el polen y esconderse en un tubo de hojalata que sale a la calle. A partir de aquí, podéis

imaginar lo que contiene el museo de Horcajo en sus dos plantas, empeñado en mostrar la forma de vida y la cultura tradicional monteña. Pero quedaos, sobre todo, con esa bandada de chiquillos atentos, con un cuaderno en la mano, y con la colmena «viviente».

Allí, Pilar Fernández, la responsable del centro, nos informó de las múltiples actividades que hacen los chicos de la escuela en el museo y de las múltiples visitas que ha recibido en el primer aniversario:

–Que se cumple mañana, precisamente. Vosotros tres hacéis el número 16.600.

–¡Qué maravilla! Quién podría pensar que hasta Horcajo...

–Los visitantes, naturalmente, son en su mayoría españoles. Pero, ¡no os lo perdáis!, también japoneses, de Estados Unidos, de Cuba, italianos, alemanes, ingleses, de Ecuador, de Dinamarca.

–Pero estos daneses procurarían venir en otoño. Un día como el presente se derretirían –exclama Ventura.

–¿Y a qué se debe esta afluencia de visitantes?

–Este museo funciona en la actualidad como centro de interpretación del Parque Nacional de Cabañeros y, claro, está incluido dentro de las rutas de visitas. Ésa es la causa.

–Indudablemente, como decía el alcalde de Alcoba, el parque os ha dado la vida.

–En efecto, a todos los pueblos de la Mancomunidad.

–Pues muy bien, Pilar. Te agradecemos tus explicaciones.

De regreso, callejamos por Horcajo. Una gran explanada se extiende a las mismas puertas del museo. Por la explanada cruza la carretera y el canal de un río sin agua y aun sin nombre, pero no perturban el sosiego del sombreado parque que se abre enfrente. Renovados bares y comercios y calles anchas. Pero al buscar la iglesia, las calles se empinan, y estrechan, y con la hora del sol el encalado de las fachadas refulge con tesón.

El barrio de la iglesia, que está detrás del Ayuntamiento, conforma el casco antiguo de Horcajo y, a pesar de las innovaciones albañileriles inoportunas, conserva su carácter popular: casas bajas, puertas pequeñas, ventanas curiosas y ventanucos con celosía; alguna esquina redonda que pone de manifiesto resonancias célticas, calles torcidas y pavimentadas unas mejor que otras; tapias de corrales por las que asoman limoneros y hojas carnosas de bíblicas higueras... Y callejeando llegamos a la iglesia. Dos cosas nos llaman la atención de improviso: la campana eclesial no tiene badajo, lo que nos recuerda una pluma sin tintero y la cama de un cura sin su futraque. ¡Qué dirá San Antonio Abad, el patrón de Horcajo! También nos llama la atención que la puerta más artística de la iglesia se halle en un lateral estrechado en exceso por el encono de la calle. En verdad, es una puerta de estilo que recoge para sí los últimos caracteres góticos: arcos finos y delicados, lobulados, sostenidos por dos columnas labradas, enmarcan el acceso al recinto. La hierba y el abandono denuncian cierta desidia para con esta nota artística callada y primorosa. Rodeamos la iglesia y encontramos cubos de ladrillo enjalbegados por contrafuertes, algunos desdentados y pidiendo reforma y, en el lateral opuesto al de la puerta, una piedra de afilar cogida

al suelo con férreo cemento para que todo horcajeño afile sus hoces y navajas y las horcajeñas las tijeras, gratuitamente.

En el soportal del Ayuntamiento encontramos un grupo de jubilados que recuerdan lo que Horcajo fue. Y en el corro metemos la conversa sabiendo que la hora apura:

–¿Fue muy importante la fábrica de harinas de Horcajo?

–¡Que si fue importante! Ya lo creo –dijo el que dijo llamarse señor Martín. Tan importante que llevaba harina a todos estos pueblos de las tres provincias.

–¿Y qué pasó para que...?

–Pues lo mismito que con todas las cosas. Que florecen y «aluego» desflorecen.

–Como con las mujeres –dijo otro contertulio que no dijo su nombre ni fue «nonnado» por nadie.

–¿Qué escribe «usté», si puede saberse?

–Pues lo que ustedes me cuentan y me quieran contar. Es para un libro que estamos preparando.

–¿Y salen cosas de Horcajo?

–Ya lo creo. La refrescante alegría que me llevo de la biblioteca, la curiosa colmena «viviente» del museo, la campana de la iglesia sin badajo, lo abandonada que tienen ustedes esa hermosa puerta de la iglesia, la...

–Pues anote «usté» esto que le voy a decir: Horcajo fue sede durante un cierto tiempo de la Junta Central de Floridablanca, y aquí en Horcajo se firmaron varios acuerdos y leyes generales. Hay quien dice que el mismo Floridablanca estuvo en nuestro pueblo, pero de eso no me haga «usté» mucho caso, porque otros lo niegan. Y apunte «usté» también que Horcajo tuvo una gran fábrica de harinas, y que pasó con ella lo que con las mujeres, que florecen y desflorecen.

–Eso ya lo había apuntado. Gracias.

POR LOS CONFINES DE LAS PROVINCIAS. ANCHURAS

Como Horcajo desde siempre ha sido lugar de paso, tanto para los que iban a tierras andaluzas y extremeñas como para los que venían, y como el diablillo del reloj no ceja en su empeño, cogemos el auto y emprendemos la ruta subiendo montes que otros antes que nosotros han bajado muchas veces. Al poco, un letrado verde nos enseña tierras de Badajoz. Un enorme mojón de granito labrado nos invita a detenernos cuando ya lo hemos sobrepasado cincuenta metros. El auto se para, pero Beto, conductor avezado, no está diestro en la marcha atrás, y surge el chiste:

–A mí me pasa lo que al cura aquel que quería sacarse el carnet de conducir y no sabía conducir hacia atrás.

–¿Y usted quiere el carnet, señor cura, sin saber conducir hacia atrás? –le preguntó el ingeniero en el momento del examen.

–Eso deseo, señor ingeniero.

–¿Y cómo? ¿No comprende usted que eso es peligroso, que eso no puede ser?

—Verá, señor ingeniero, no es la cosa tan grave. Es que yo tengo un garaje muy grande, de modo que entro por una puerta y salgo por la de enfrente sin necesidad de maniobrar hacia atrás.

Estamos en una meseta y tomamos apuntes del paisaje: tierra arenosa poblada de olivares en los que las chicharras se explayan a placer, y de vides con frutos estragados que de ninguna manera harán delicias en los paladares, una caseta derruida que fue de caminero y algunos árboles al fondo. Claro, al rato encontramos al Estena y junto a él al Estomiza y la provincia de Ciudad Real.

El terreno se abronca y enmaraña y no aparecen sierras tan elevadas como Rocigalgo ni la Galinda. Es tierra de transición, tierra en la que los Montes cambian de nombre para dársele a la Jara. Y, en efecto, la jara y el tejo se enseñorean por todas partes, y trepan con ahinco por las laderas y saltan las lomas con la breña y el tomillo. Casqueras y rañas pedregosas y asfixiadas por el calor y la sequía. De vez en cuando, hojitas de terreno ganadas al monte, ahora ganadas otra vez por la maleza; otras hojitas sirvieron de asiento a aseados y pulcros olivares aferrados a las laderas, ahora avasallados por mamones salvajes y por el pastizal. Es terreno de maquis indudablemente, los últimos románticos con permiso de Pío Baroja. Salteada, de vez en cuando, aparece una casa de labranza columbrada en un cerro, de buca chimenea, y corrales más próximos con los paredones derruidos, y chozos cónicos de pastor, y restos de carboneros que en otros tiempos cercanos buscaron el oro negro de subsistencia, y el cruce de la carretera que luego nos llevará al pantano de Cijara. Y por estos terrenos y hondonadas encontramos un equivocado cartel que explica: «Anchuras. Un lugar de La Mancha».

Antes de comer, damos una vuelta por el pueblo de Anchuras. Pequeño, empinado sin demasiada prudencia, empedradas sus calles, en las que crece la hierba y se espulgan las gallinas, y asfaltada alguna. Quedan bastantes casitas en Anchuras que guardan y mantienen todo el sabor popular con el que nacieron, allá por el siglo XVI: bajas, de anchos muros blanqueados anualmente, con chimeneas que humean todos los atardeceres de otoño e invierno. Entre ellas aparecen tapiales de corralones que dejan sobresalir granados y limoneros y hojas de parra. Las puertas son las de siempre, pequeñas y de madera y partidas en dos en su mitad, de modo que la encimera guarda el postigo; otras, infiltradas, son de chapa verdosa y alguna de aluminio.

En la placita, más inclinada de lo deseado, canta una fuente cobijada por unos frondosos árboles que, al tiempo que avientan el calor, ofrecen un generoso descanso a los excursionistas. Y desde ahí observamos la estampa popular de la iglesia, parte del lateral y la frente de la misma: blanqueada toda ella ofrece un claro contraste con el color rojizo de la teja y algunos ladrillos desconchados. El campanario es bajito y sostiene dos pequeñas campanas:

—Claro, que en este campanil no cabe la campana de Horcajo, a pesar de que no tiene badajo —argumenta Beto.

Encima del campanario, un nido de cigüeña y sobre el nido de cigüeña el sopor de la hora y el intenso azul del cielo.

—¿Dónde comemos? —pregunta Ventura derramándose agua por la patricia calva.

- En «El Cazador», que sé que se come bien.
–Pues no se lo has dicho a ningún sordo –dijo Beto.
–Vamos.

Ahora, amigos lectores, ¿para qué os voy a contar que comimos en un salón pulcro, ancho y fresquito mientras mirábamos por el ventanal la tierra montuna y reseca poblada de alcornocos y carrascas? ¿Para qué os voy a decir que desde el ventanal veíamos el cauce pedregoso del río? ¿Para qué decir el regusto que sentía al ver tan cerquita de nosotros la gallarda chimenea apagada pudiendo estar en pleno auge si existiera mala intención en el dueño del restaurante? En fin; amigos lectores, ¿para que mortificaros reseñando que comimos jabalí en salsa jareña y chuletitas de recen-tal rebozadas y cubiertas con hebras de perejil? Y fruta de la huertá del dueño que cogieron para nosotros, y una raja de corazón de sandía, y gazpacho en una barreña. Eso es: comimos democráticamente honrando al gazpacho, los tres de la misma cazuela, como siempre se ha comido el popular y enciclopédico gazpacho. Claro, como estábamos sentaditos, no pudimos decir aquello de: «cuchará y paso atrás».

Anchuras se encaja de manera tan imprudente sobre el costado del muro de piedra, paralelo a la carretera, que le sirve de soporte, de parapeto. Pues bien; en las grandes capitales se ven bandos municipales colocados en pantallas y paneles publicitarios que piden a los ciudadanos que ahí mismo se anuncien: «Ponga aquí su publicidad», «Anúnciese aquí mismo», «Eche en mí sus papeles» o «Aquí estoy yo», dicen las panchas papeleras ciudadanas. En Anchuras sobran todas estas pamplinas, sobre todo las pantallas publicitarias. Para eso está el muro, y en el muro se dejan leer los colores rojos de leyendas reivindicativas de justicia para con lo pequeño y humilde: «Los voluntarios internacionales están con Anchuras», «La sublevación de la Historia», «No pasarán», «Pan y trabajo», «Dejadnos vivir»...

EN GAMONOSO DONDE LA HISTORIA SE HACE INTRAHISTORIA SUBLIME

Y leyendo estas rabiosas y rojizas letras, dimos con el auto que se encaminó hacia Gamonoso por un camino terroso convertido en carretera, entre pinares, eucaliptus, parras, un melonar y huertecillos regados a mano.

Es Gamonoso un pueblo que no por pequeño deja de aparecer en todos los mapas de la provincia, lo que no ocurre con otros más grandes y ostentosos. Tendrá el pueblo, pedanía que es de Anchuras, unos ciento veinticinco años de existencia, desde que unos aldeanos de Aldeanueva de San Bartolomé, Aldeanovita la bien nombrada, tuvieron a bien asentarse en esos lares, levantar unas rudimentarias casas de labranza, cultivar la tierra y ganar bazas al monte.

La última vez que estuve en Gamonoso la carretera era cegador camino polvoriento y el calor de primeros de julio derretía los sesos de los alcornocos y consumía la palabra «agua» antes de pronunciarla. La boca estaba seca y vidriados los ojos. A la entrada del pueblo, el cuartelillo de la guardia civil. Dos guardias se tostaban en la playa de la puerta. Después, en un ensanche, a la izquierda, alrededor de una fuente,

un grupo de veinte soldados, con el torso desnudo, los pantalones alzados hasta las rodillas y los cordones de las zapatillas desatadas, se empapaban como las gallinas entre el montón de ceniza. Al fondo de la fuente, unas puertas grandes, claveteadas, daban la entrada al zaguán de la taberna, en la que una niña deforme servía a los ruidosos soldados. Pero, ¿qué hacían aquellos soldados en Gamonoso?

–Están de prácticas –decían los aldeanos buenos.

–¿Prácticas? ¿De qué, si puede saberse?

–No lo sabemos con seguridad.

Lo cierto es que en Anchuras aquel día también vi una compañía de soldados desparramados por la carretera, a lo largo y a lo ancho del muro o baluarte, y helicópteros sobrevolando muy bajo de la plaza y de la carretera misma, y por Sevilleja también había soldados «y que» también de maniobras y, nada más salir de Aldeanovita, encontré soldados a primeras horas de la mañana en el puente de *El Cubilar*.

En fin; no hacían nada malo, pero ¿y bueno?. Entonces, a qué. Lo cierto es que a los pocos meses saltó como la chispa eléctrica la macabra idea de convertir aquellos parajes insólitos y tranquilos en campo de tiro y estos militares eran los elementos que lo anunciaban.

Ahora ha sido otro el recibimiento: un camión descargaba material renovador y otro se llevaba escombros ruinosos. Tres o cuatro hombres miraban a los que trabajaban, y un matrimonio mayor, sentado en el fresco de la casa, y unas cuantas niñas demasiado blancas para vivir en Gamonoso, observaban a los trabajadores, a los hombres que miraban y a los tres trogloditas recién llegados. No conocíamos a nadie, pero conocía a todos, y todos me reconocerían al pronunciar Aldeanovita.

–Hombre, de Aldeanovita. Sentaros en ese poyo –nos dijo el hombre, que buscaba la conversa tanto como nosotros–. Esperad, que voy a sacar otra silla.

La conversación, pues, la aventuraba larga, y nosotros, cuyo único objetivo era llegar al pantano y buscar cena y cama en La Mina de Santa Quiteria, no la rehuíamos.

–¡Coño, Aldeanovita! Yo también soy de Aldeanovita, y mi mujer también. Allí viven «entodavía» nuestros parientes. ¡De aquí a ayer!, que dijo el otro. ¿Y de quién eres de Aldeanovita?

–Soy «casca» y «guerrilla».

–Serás nieto de Vitor «guerrilla». ¡Qué hombre más trabajador!

–Sí, señor. Y de Juan «casca».

–El que fue tantos años el alcalde.

–El mismo.

–En la guerra vivieron aquí familiares de Juan: su suegra y uno de sus hijos, el más pequeño. Tendría tres o cuatro años. Y como éste fue uno de los últimos pueblos que se ocupó, el niño, sin padres y sin nadie que hiciera carrera de él, creció como un potrillo salvaje. Siempre iba con un gorrillo de miliciano...

Y hechas las presentaciones, la conversación transcurrió por derroteros que convirtieron la historia en intrahistoria sublime. Y como lo sublime debe fraguarse en las

alcanzías más sensibles del alma, la voz empezó a quebrarse y Beto tendió el capotillo de San Fermín:

– Parece que se renueva Gamonoso – dijo señalando al movimiento de los camiones.

– Sí. Algunas casas las tiran para levantarlas nuevas «del tó», como ésa que estamos viendo. Pero lo normal es hacer reformas.

– Hombre, eso está muy bien. Mucho mejor que tirarlas. Así conservan el carácter popular.

– Será así, buen hombre, como «ustó» dice, pero depende del dinero que uno tenga. ¿Qué? ¿Y cómo va Aldeanovita? – volvió a la carga el señor.

– Bien. Ahora hemos estado de fiestas.

– ¡Ah, claro, San Bartolo! – dijo la mujer-. ¿Qué fiestas se organizaban otros años, aquellos años! Nos íbamos «dende» aquí en carros y en caballerías tres días antes de que empezaran. De Anchuras también iban, y de La Mina y Puerto Rey. Coño, y de todos esos pueblos. Y todos encontrábamos acomodo. ¿No ves que todos éramos de allí, o «conociós», o amigos. El pisto nunca faltaba «pa» los forasteros.

– ¿Cómo conocidos? – pregunta.

– Pues claro, por los del trato. ¿No ves que iban los hombres comprando «ganao» por todas partes?

– Parece que ya se ha parado definitivamente lo del campo de tiro que iban hacer por aquí – dice Ventura abriendo otro portillo a la conversación.

– Sí, eso «y que» dicen últimamente los papeles y la «tele» – contesta el hombre-. Será lo que quieran, mal que nos pese. Por de pronto, hace tiempo que ya no vienen por aquí. Ya se han vuelto a olvidar de nosotros, como hasta entonces. Y se vuelven a acordar de estos parajes para aniquilarnos. Lo que hace falta es que nos olviden «pa» siempre.

– Eso. Si no se acuerdan de nosotros «pa» lo bueno, que tampoco se acuerden «pal» campo de tiro.

– ¿Cuántos habitantes tiene Gamonoso? – pregunta Beto.

– Unos ochenta. Ahora en verano pasan de ciento.

– Pero, vamos, ochenta viven aquí de «continó».

– Sí, algunos menos «quidás».

– ¿Oigan, paisanos? ¿Dónde vive «Plancha»? – felizmente me acordé de «Plancha», personaje fantástico y generoso de Aldeanovita afincado en Gamonoso desde los años cuarenta, como cierre de la conversación.

– Coño, ahí mismo. Sigue esta calle y en la primera a la izquierda te metes y cualquiera te indica la casa.

– Pues nos tenemos que marchar. Celebramos mucho haber hablado con ustedes.

– ¡Oye! ¿«Querís» un racimo de «ugas» de la parra? No tenéis que hacer «na» más entrar y «cogelas». Ahí están.

– No, muchas gracias. Le invitamos a tomar un botellín, y a usted otro, o un refresco.

– «Agradecíos». Yo ya no bebo ni fumo, y de de lo otro «pa» qué hablar.

– Bueno, pues aquí lo dejamos hasta otro día.

Después de la casa de Anacleto, que así se llama nuestro amable conversador, hay dos casas más, y juntas conforman toda la acera. Al final, se abre un olivar y una vaguada que hace el campo abierto sobre leves ondulaciones cubiertas de monte bajo, y detrás la plancha azulada del reculaje del Guadiana. A la izquierda, una inmensa dehesa que va a lindar con Cabañeros y sería la primera avanzada del campo de tiro.

«Lancha» ya está jubilado, pero como si no lo estuviera:

–Lo único que ha cambiado mi vida es que me echo una horita de siesta todos los días –dice bebiendo del botellín en la tasca que hay frente a su casa–. Bueno, y que cuando voy a Talavera, que voy todos los días, tengo menos prisa que antes. Ahora, voy al «mercao», me tomo una copita mañanera, compro la fruta, me tomo dos vinos con sus tapitas, cargo las bebidas para los bares de estos pueblos y, de paso, vendo la fruta.

–Está bien que vivas tranquilo. Ya has trabajado bastante.

–¡Ni se sabe! Mira, un ejemplo. ¿Ves estas casas renovadas? Todas las he levantado yo. ¿Ves esa calle «asfaltá» y la carretera que habéis traído desde Anchuras? Todo estaba en tierra y yo lo he levantado. Y el alcantarillado, y la luz, y las farolas de la carretera. Igual. Todo eso lo he hecho yo y el poder de Bono. Todo estaba en tierra, y cuando lo alcancé me retiré.

–Vamos a dar una vuelta por el pueblo –propongo.

–Esto es tan pequeño que «dende» aquí se ve todo lo que hay que ver.

En efecto; casas pequeñas mezcladas con corrales de puertas carreteras y solares sin desescombrar, puertas bajas que guardan el escalón que da entrada a la cocina. Sobre algunas puertas sobresale una cobija de pizarra que cumplía dos funciones: resguardar la madera de la lluvia y servir de soporte para el botijo en las noches de fresco veraniego. Aún se ven poyos de piedra adosados a la pared, junto a la puerta y alguna esquina redondeada.

–Lo importante es el paisaje. Rañas, hojas de pastizal porque han estado sembradas, encinas, lomas, montes, valles, un mar de cerros llenos de jara, tejo, cantueso y retama; pueblos. Por la parte de poniente, el terreno es más escabroso, más «accidentao». Los montes son más altos. Y aquí, el reculaje del Guadiana.

–¿Veis esta casa abandonada y casi caída?

–¡Claro, Lancha!

–¡Era el baile! –dijo sacando brillo a sus ojos avispados y quiebre a su voz.

–¡No me digas!

–Aquí se lo he dicho a más de dos –dijo haciendo mutis a su mujer.

El salón es pequeño, cuadrado, con las paredes desconchadas; no obstante, el zócalo, rodeando el espacio, insiste en sus ochenta centímetros azules, y los nombres legibles sobre la cal proclaman para sí el derecho callado de juventudes pasadas, pasadas, sí, pero que existieron: «Teodora Paredes», «Nieves», «Pilar López»; «Alberto ‘Chispa’»... En el fondo, unas escaleras suben a la plataforma de los músicos, el del acordeón y el de los patillos.

–Al principio, bailábamos con un manubrio. ¡Lo que ha sido esto!, y míralo ahora. Aquí venían a bailar muchas noches los de la sierra, los maquis, vamos. En las fies-



Fontanarejo.

tas, «pa» San Juan de Ávila, venía Agustín de la Estrella con su trompeta. Ya veis, aquí me he «moceao» y ahí enfrente me he hecho viejo.

–¡Quieto, Lancha! Aún hay dardos que romper.

–Yo ya no estoy «pa» esos trotes. Pero aquí se lo he dicho a más de tres.

Rompo la conversa y subo las escaleras y los platillos saltan y brincan con más o menos compás, y el acordeón extiende su música de rocío por la sala. Veo también a Agustín con los mofletes hinchados mientras sopla la trompeta... Recorro las paredes posando la mano sobre los nombres grabados y me pregunto quién fue Teodora, y Nieves, y Pilar, y Alberto. ¿Qué fue de todos ellos? Y lo imagino. Y no sólo lo imagino sino que lo sé con certeza cierta. Paso la mano también sobre la coquetería azul del zócalo, sobre la ventana avizora que veía para el vecindario mayor todo lo que se cocía en la platea, llena de juventud y lozanía.

–Y fíjate cómo está ahora. Pues así pasa con «to», bolo.

AHORA, EN LAS LINDES DE CUATRO PROVINCIAS. LA PRESA DE CIJARA Y PUERTO REY

Desde Gamonoso enlazamos con la carretera que nos llevó a Anchuras en dirección al Pantano de Cijara. En la ruta, bajamos montes, subimos otros, enderezamos curvas de a treinta por hora y vemos al Guadiana jugar al escondite: tan pronto aparece como desaparece.

–¡Qué río más misterioso el Guadiana! –deja caer Beto.

–Mas que misterioso, que lo es, yo diría fabuloso –dice Ventura–. Fíjate en su nacimiento, allá por Osa de Montiel. En un campo aparentemente seco, la tierra empieza a estremecerse y surgen los famosos «borbollones» de los que nace el Guadiana.

–Y no digamos el espectáculo de las Lagunas de Ruidera. ¿Recordáis el capítulo de *El Quijote* en el que Cervantes da detallada cuenta de sus orígenes mitológicos? Aparece, desaparece, vuelve a dejarse ver en ocho o diez ojos, forma cascadas entre ellos, se amansa y tranquiliza en un débil hilillo casi ahogado...

–Que luego reanima el Bullaque...

–¡Las Hoces! –exclama Beto, y ahora la presa de Cijara. Sabréis que aquí pasé los *segundos* años de mi infancia.

–Pero tú eres...

–Sí. De la Torre de Esteban... Por eso digo lo de «segundos» años. Razones profesionales de mi padre. Guardia civil.

De pronto, bajando una pendiente, un corzo cruza la carretera con paso decidido pero sin sobresalto. Intuía el peligro (¡fijaos qué peligro representábamos nosotros!), porque agitaba con rapidez el cortirrabo, pero conocía la distancia que nos separaba y sabía que el monte, al alcance de la mano, era todo suyo. Lo vimos trepar la loma sorteando con intención las jaras y los chaparros hasta que una curva lo desapareció para siempre.

–Bueno, sabed que Anchuras es de Ciudad Real, aunque hagan más vida con Talavera.

–Sí, de Ciudad Real, pero no de La Mancha, como reza el cartel.

–Gamonoso también, pero nada más dejarle entramos en tierras de Toledo, y así hasta el mismo muro del Pantano, que marca la provincia de Badajoz mirando al frente y a la izquierda. Por tanto, la mitad del pantano es extremeño y la parte de nuestra espalda toledana. A la derecha, campos de Cáceres. Hay por aquí una finca, el Membrillar, que, si bien pertenece en su mayor parte a Toledo, tiene un rincón en el que se levanta una mesa especial, cuyos picos se asientan en provincias distintas: las extremeñas, Toledo y Ciudad Real.

–¿Y por qué es especial esa mesa? –pregunta Beto.

–Además de ser interprovincial, porque cuando se juntaban a «departir» los respectivos gobernadores en la susodicha mesita, cada uno lo hacía de su lugar de ordeno y mando. «No esteremos en nuestro despacho, pero nadie negará que no estamos en nuestra provincia», y que decían muchas veces.

Llega un momento en que el filo de la ruta se prende de la estela del Guadiana para ya no soltarlo; si lo suelta es de forma momentánea, porque la curva siguiente nos lo presenta ya hecho mar: dorso azul intenso cruzado por veloces barcas motoras y otras a golpes de remo. Lo azul se pierde por la arrogancia de algún otero, pero vuelve a mostrarse espléndido e inagotable hasta la inmensa presa de Cijara. Y llega un momento en que el paraje se ofrece tan irresistible que el auto se detiene: un hermoso y fornido puente de seis ojos se abre a la derecha para dejar paso franco al chorro de agua que discurre por uno solo. Lo demás es playa, ancha y casi solitaria. Una familia se baña debajo del puente. Nosotros vamos a la izquierda, entre peñas soleadas, al mar abierto y allí, teniendo en cuenta que la comida de Anchuras ya hacía aguas en el estómago, nos solzamos a placer y nos secamos con las sábanas del sol, que ya empezaba a declinar.

En el Poblado de Cijara, Beto se preguntaba por mil cosas infantiles y, cosa curiosa, fue anotando detalles desparramados entre el blanco caserío, las escuelas deshabitadas, el pinar, la explanada que servía de plaza adonde llegaban los «pantanos», es decir, los camiones que traían material de construcción para levantar la presa, hasta componer retales policromados de su infancia.

–Fijaos. En uno de esos camiones llegamos mi madre y yo una tarde desde Talavera.

Refrescamos ahora la garganta con unas cervecitas frescas en el bar de un paisano y surgió el tema de los maquis, porque a su padre, pastor que era, los guardias lo sacaron de la choza donde vivía la familia y allí mismo lo mataron.

–Tendría yo unos seis años. Algunos de mis hermanos eran mayores, pero había aún dos más pequeños que yo.

La verdad es que la hora ha amortiguado el calor y ha levantado una agradable brisa en la terraza del bar; la verdad es que el agua de los aspersores ha levantado el aroma de los jardines; la verdad es que el reloj no se detiene, que queda hora y media de sol y queremos acercarnos a la presa.

–Vamos.

También es verdad que la presa es gigantesca e inmensa la cantidad de agua retenida. Ahí están, mirando a los confines de Extremadura, las presas dispuestas y disponibles como toboganes rusos para hacer de surtidores en las tierras secas, y las turbinas generadoras de luz con su murmullo inagotable, y los altísimos postes sosteniendo los cables de alta tensión. Ahora miramos la planicie azul del agua detenida para cubrir el ochenta y cinco por ciento del recinto de cemento y hormigón. Un grupo de muchachos ha bajado hasta la misma orilla por unos peñascos que si se despeñaran tendrían por colchón amortiguable la plancha del mar. Vemos bancos de peces desde lo alto de la presa, pero un excelso mirador nos invita a otear el horizonte: campo abierto, el azul del mar sin olas, una motora que cruza veloz, pinares, pueblos intuados por próximos y localizables e inmensos picachos en las bocas del puente. Al fondo, el inmenso boquete de la presa, y en la lejanía, la silueta del castillo de Herrera del Duque. Más acá Castilblanco, pueblo de resonancias bélicas y de numerosos recuerdos.

–¿Veis aquel pinar por donde se oculta el sol? Del pinar para allá, tierras de Badajoz; para acá y hacia la derecha, tierras de Cáceres que pertenecen a Alía. Aquí, detrás de esa curva, ¿veis?, está «La Jacilla», de recuerdos y vivencias más intensos y anteriores que los de Castilblanco.

El sol se ocultaba cuando llegamos a Puerto Rey, pueblo cuyo escaso cuerpo urbano se reparte equitativamente entre Toledo y Badajoz.

Se distingue Puerto Rey, aldea expuesta a los cuatro vientos en lo alto de un elevado cerro, amén de su precisa repartición urbana, por ser pueblo de caza y pesca, por lo que es lugar de cita obligada para todo cazador y pescador que se precie, bien porque cacen o pesquen en su jurisdicción, bien para tomar la primera copita de la mañana o la cervecita al regreso, y para todo rebuscador y comprador de niscalos, pues no en vano sus húmedos y sombríos pinares se preñan en el invierno de estas exquisitas setas para estar rellenos y carnosos en la primavera. También porque en su jurisdicción se encuentran las cuatro provincias, porque sus bares, desde hace años, se han convertido en viviente exposición de todos los productos de La Jara: miel de Buenasbodas y de muchos pueblos más, queso de Aldeanovita, jalea real de La Mina, rico arrope de cualquier pueblo jareño, mantelería lagarterana y gorras de paja de centeno con su correspondiente espejo también de Aldeanovita, cerámica de El Campillo, y candelilla rebosante de miel, y rosquillas hechas por la Paula; flores y pestiños de El Poblado; pan de horno de Sevilleja; chorizos de Alcaudete, jalea real de Puerto de San Vicente, riquísimos caramelos de miel y polen llamados «hurdanitos» de Las Hurdes... También se exponen y están a la venta algunos de los libros escritos sobre la comarca. Pero se distingue sobre todo Puerto Rey porque debe su nombre al rey Felipe II, nuestro señor, que tuvo a bien pernoctar aquí una noche cuando iba camino de Guadalupe. A la mañana siguiente, el rey, antes de partir, se dejó entre los alamares de la posada su nombre para el pueblo.

–Y esto lo pueden decir muy pocos pueblos –dice Beto.

–Hombre, hay pueblos apellidados «del Rey» también.

–Sí, pero pocos. Y Puerto Rey es uno de ellos.

La tarde se había recogido por completo, mientras dábamos cuenta de unas raciones de queso de oveja curadito y en aceite y empezamos a gestionar la cama, que habría de ser en La Mina de Santa Quiteria, pero que fue en Aldeanovita, frente a lo inesperado. Cruzamos la mayor finca privada de España, Valdepuercas, por la carretera de la Loba, paraje éste en el que conocí la madroña y comí sus primeros frutos. Cruzamos la inútil vía del tren que debería haber circulado desde Calera y Chozas hasta Logrosán y Villanueva de la Serena y damos con la carretera que une Talavera con Guadalupe. En los inicios del puerto pasamos por la añoradísima «Fuente la Teja» y, cruzando el tajo del puerto, dejamos las tierras cacereñas para entrar nuevamente en las de Toledo por Puerto de San Vicente. Aquí, justamente en el tajo o portillo, las jorobas de Los Montes de Toledo pierden su nombre ya para siempre y se convierten en Sierra de Altamira para llamarse luego Las Villuercas, sierras éstas y las de los Iboreos sabedoras de las ilusiones y agonías de los maquis: de Quincoces, de El Francés, de El Madroño, del Jabato...

Son éstos, en verdad, paisajes bíblicos cuando los va despertando el sol de la mañana. Entonces se percibe sobre el manto cuajado de los hondos valles del Guadarranque una difusa neblina que el viento bambolea con delicadeza y mimo.

–Es el aliento del valle, y de la ladera, y del dorso de la montaña que mira hacia Guadalupe.

Por las tardes, el sol va recogiendo las sombras y las acurruca entre la fronda del monte, entre su silencio y quietud.

En Puerto, en una privilegiada terraza en la ladera de la sierra, hacemos parada y cena, de modo que a las raciones de queso de Puerto Rey añadimos otra de cabrito recién preparada. El fresco serrano y limpio tiraba de nuestra pereza, por lo que la hora de partir se prolongaba más de lo deseado. Pero no, el auto nos miró con un sí es no es de severidad y emprendimos la ruta hacia Aldeanovita, Aldeanovita la bien nombrada.

EN ALDEANOVITA. UNA LECCIÓN DE ASTRONOMÍA

Encontramos a la gente de Aldeanovita distendida y relajada, tomando el fresco y haciendo cábalas con la primera de las Cabañuelas. Una agradable brisa se hacía presente por el cruce de las calles ocupado por el vecindario y el cielo parpadeaba con millones de gotitas de rocío: unas muy altas; otras se desprendían momentáneamente y emprendían una rapidísima y breve carrera, a modo de fogonazo visto y no visto, y desaparecían para siempre. Algunas formaban dibujos que llamábamos «el carro», «la osa mayor» y «la menor», y una línea inagotable de estrellas, arropadas por una capa de tul, llegaba hasta Santiago de Compostela, porque era, bueno, y es, la senda que los peregrinos de cualquier parte del mundo siguen y persiguen hasta llegar al «Monte do Gozo» y al Pórtico de la Gloria.

Queríamos avituallarnos para ir a dormir al campo, pero la oposición vecinal y familiar fue tan manifiesta que optamos por convertirnos de rústicos en aldeanos. Entonces sacó Darío sus útiles de astrología y los subió en un trípode en el cruce de

la calle buscando esquivar las farolas y tentó la curiosidad de los aldeanos allí reunidos, y de los muchachos del corro de más allá.

–Sí, sí la veo –se refería una vecina a la Luna.

–Yo ya me puedo morir diciendo que la he visto también. «Paece» que la va a tocar uno con la mano. Pero no veo a ningún hombre haciendo leña, como decían antes.

–Esperad un momento. Veréis como ya no está la luna en el sitio en que la dejamos. ¿Por qué?

–Porque está en movimiento –dijo una colegiala.

–¿Y por qué se mueve la luna? –volvió a preguntar.

–Porque es un satélite de la tierra y gira a su alrededor.

–Muy bien, fantástico. ¿Cuántos años tienes para saber tanto?

–Ocho –dijo Pilar, una niña rubita y tostada por el sol.

–Y la tierra ¿está en movimiento?

–No, porque nos caeríamos, o nos tambalearíamos como los borrachos –contestó Ana.

Una luz parpadeante cruzaba el cielo, y luego otra y, paralela y un poco retrasada, una más. El reloj de la torre se obstinó en repetir doce martillazos que dejaron al paio a las cigüeñas.

–Y ahora, precisamente, a las doce y dos minutos, ¿que Cabañuela contamos? A ver –preguntó Darío.

–Pues la de hoy, día uno, que vale «pa to» el año.

–No, que ya es día dos. Será la de enero.

Y entre el sí y el no del corro veraniego, la niña se acordó de los útiles y propuso buscar la luna. Y ya no había luna en el foco de los catalejos. Y entre el sí y el no del corro veraniego y ante la huida de la luna, Darío propuso subir al Castrejón, el eterno aprendiz de Pirineo en Aldeanovita, para verla más cerca, sin ruidos y sin luces. Y en varios autos, llenos de chiquillos y de gente vecinal, traspasamos el Castrejón y nos instalamos en el antiguo cordel de merinas que enlaza las tierras frescas abulenses y segovianas con las templadas de Extremadura y de Andalucía. Yo mismo anoté con mi miopía una reluciente estrella que apenas coronaba una joroba del Castrejón, mientras Darío preparaba los atalajes; y mientras los preparaba, nos deleitamos con la aguerrida figura de la sierra de Altamira, próxima, azulona, abierta en toda su extensión para convertirse sin saber dónde en sierra de las Villuercas, ya en tierras de Cáceres. Más acá, en la avanzada del llano, unas luces: Mohedas de la Jara, llana, observada por búhos y lechuzas desde la romanza del olivar, a dos con tres kilómetros. A nuestra espalda según miramos la mole serrana, el Castrejón y, sobre él, un millón de estrellas y la anotada, que ya había subido un peldaño. Y lo hice observar a los chiquillos:

–Mira, tío, ya no se la puede tocar desde el Castrejón –dijo otra niña también rubia y chatilla.

–Atención. ¿Veis aquella estrella que está como caída y que brilla más que las demás?

–Sí –gritó la chiquillería.

–Esa estrella es Venus, que está situada entre Saturno y la tierra. Es la estrella que más brilla después del sol y de la luna. Persigue al sol, de modo que unas veces aparece antes que el mismo sol y otras le sigue cuando el sol se pone. Es, por tanto, la primera que sale por la noche y la última que se va a acostar, ya por la mañana. Por eso se la llama «lucero del alba». Es, además, la más cercana a la tierra y tiene una superficie igual a nuestro planeta. Veremos que tiene la forma de un disco. A ver, ¿quién es el primero que quiere verla?, pero sin tocar el telescopio.

–No, todos a la vez no. Por orden.

Cuando me tocó el turno a mí, un sobrinito tiraba de la camisa:

–Tío, mira, la estrella del Castrejón está ya altísima.

–Ahora vamos a ver la luna, los cráteres de la luna.

–¿Qué son los «caratereres» de la luna? –preguntó Javier.

–Valles muy grandes, como barrancos oscuros. Ahora los vas a ver.

–Y Saturno. ¿Queréis ver los anillos de Saturno? No, Saturno no podemos verlo. Y a Júpiter, al dios Júpiter, ¿le queréis ver?

–Tío, ¿es que Dios se llama Júpiter? –me preguntó Clara.

–No, bonita.

–Pues ¿cómo se llama Dios?

Encendí un cigarro y solté el humo soplándolo por un estrecho canal escondiendo un suspiro y preguntándome cómo coños se llama Dios. Busqué la estrella del Castrejón y ya había alcanzado a otras estrellas en altura. Un avión pasaba ya entre el espacio abandonado. Miré el alto firmamento cuajado de miles de millones de motas brillantes hechas de oro, y me emborrachaba su magnitud, e intuí que todas estaban en movimiento graduado, gobernado por la mano sabia que tañe la cítara de la séptima esfera, y afilé los oídos para escuchar la música de Salinas, el ciego maestro que fue compañero de claustro de Fray Luis de León, y no oí nada. Sólo magnificencia, multitud, brisa suave y hermosa.

–Tío, que cómo se llama Dios –me volvieron a preguntar.

–Dios se llama Nada –respondí quemándome con el brillo del cigarro.

–¿Nada?

–Dios se llama Todo –respondí quemándome con el brillo del cigarro.

–¿Todo? ¿Nada y Todo? ¿En qué quedamos? ¿Na-Da y To-Do? Pues no lo entiendo.

.....

Por la mañana fuimos a ver las pinturas que Vladimir (¿quién es? ¿de dónde sale?) ha estampado en el ábside de la iglesia. De verdad que es un fresco maravilloso en el que da cuenta real del martirio de San Bartolomé, rodeado de ángeles y personajes elegidos entre el vecindario. En él se observan notas orientales, propias de la nacionalidad georgiana de Vladimir. Pero, diré para quien conozca las de San Martín de Montalbán, que éstas son más acusadas, más bizantinas, más tirando a iconos rusos.

Un arco toral o de medio punto conforma la base del ábside de la iglesia, y ese mismo marco se erige en marco ideal del retablo de Vladimir mirado desde el fondo del recinto. Y son estas pinturas, el artesonado de madera de reminiscencias mudéjares, la pila bautismal, una arrogante alcachofa tallada en granito y la fachada exterior, de buen sillar del siglo XVI, todo lo que teníamos que ver en la iglesia.

Les mostré una enigmática y enciclopédica piedra de pizarra rescatada de las garras de la piqueta albañileril. Se trata de una piedra con grabados pertenecientes a varias civilizaciones que durante años y años sirvió de asiento en el portalillo. El portalillo es eso, un portalillo que daba entrada a una taberna y luego se convirtió en resguardo para las mujeres mientras cosían o hacían trenza. Pues bien; esta piedra, en su parte inferior, presenta unos símbolos grabados que por veces semejan la parrilla de San Lorenzo, aunque estos signos son indudablemente anteriores, muy anteriores, a la infancia del santo del Escorial. Hay otros signos punzados difíciles de describir desde la memoria. En la parte superior, es decir, en la que servía de asiento, hay inscripciones romanas, muy bien escritas, por lo que es imposible que se deban a rústicos canteros; y en sendos lados, inferior y superior, hoyos o huecos, como de gozne de puerta, que los entendidos llaman «teoría de las cazoletas», verdadero enigma para arqueólogos y gentes afín. Tirada en el suelo, en el parquecito —único en Aldeanovita! que precede al Centro Médico, está la piedra, solitaria, ajena a las miradas de visitantes y curiosos, retando a quienes se enteren de su existencia con un silencio clamoroso.

—¿Para qué llevaros a ver un hermoso sarcófago que sirve de abrevadero!

—¿No me digas! —dijo Beto.

—¿Las escuelas? Ahí están. Hace cuatro o cinco años invirtieron doce millones, doce, en reformarlas y ahora mismo hay solamente seis niños, seis.

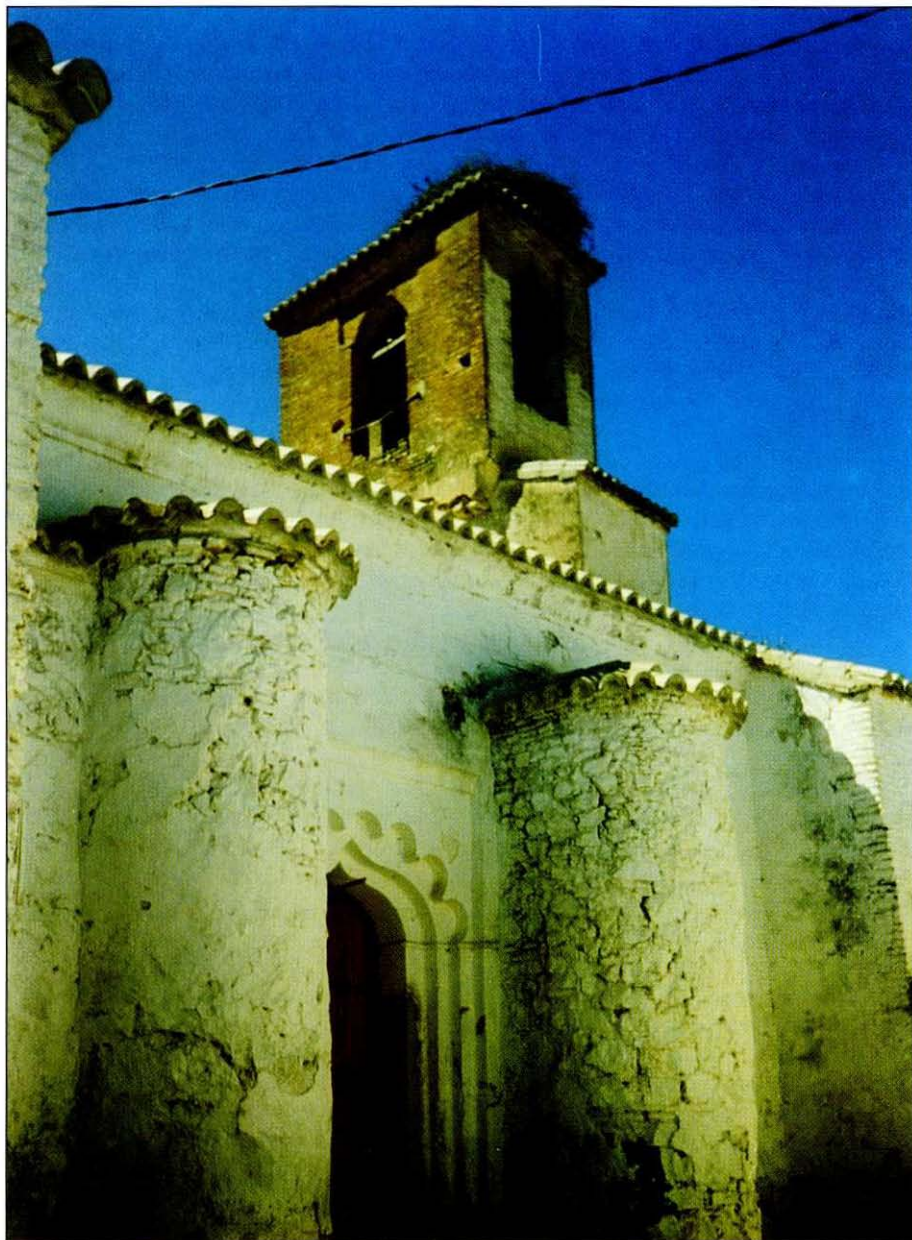
—¿Museo etnológico como el de Horcajo? ¿Qué dices, Beto? ¿Eso en Aldanovita? Por aquí viene un tipejo de Campillo con un Avia y arrampla con todo ello por menos de dos perras. ¡Y lo listos que se creen mis paisanos! Sí hay un dolmen, muy bueno, documentado por un grupo de arqueólogos de Toledo... Pero ya abandonado, por lo que la hierba y las raíces de los chaparros han vuelto de donde fueron expulsados. Fijaos, se trata de un dolmen que cuando hacíamos cuarto y reválida descubrimos. Allí estuvimos picando unas tardes de verano...

—¿Pero bueno! ¿Qué mezcla es ésta? —vuelve a exclamar Beto (Ventura ni se inmutaba de lo que veía porque ya lo conoce desde hace bastantes años) ante una fuente «versallesca», «la tarta de la boda» la llama el vecindario y un robusto pilón de piedra labrada que durante muchos años ha sido el índice popular de Aldeanovita.

—Pues ya ves, chico, lo que son las cosas. Cosas de la-municipalidad. Todos decimos lo mismo, pero ahí están juntos y revueltos.

—Oye, Juanjo... Aldeanovita, en plan arquitectónico deja mucho que desear. No veo ninguna casa antigua, con sabor popular, como las que hemos visto por esos pueblos.

—Aldeanovita deja mucho que desear en plan arquitectónico, que no hay ninguno. A ver, no existe ni licencia de obras...



Iglesia de El Horcajo de los Montes.

–¡Qué dices!

–Lo que oyes..., y en otros muchos. Una vez construyeron una casa de cuatro pisos y el día de la inauguración repararon en que no habían levantado la escalera. ¿Qué os parece?

–Rasillas, casas de tres y cuatro pisos, fachadas de casas nuevas sin «revestir», solares con escombros, casas antiguas caídas...

–Hombre, tampoco es así. Tenemos una bañera por piscina municipal. Teníamos unos baños cuya agua ferruginosa era el antídoto más eficaz contra el reuma y otras muchas enfermedades. Había unos soportales, sostenidos por arcos irregulares, que recorrían la fachada del Ayuntamiento, y una torre, original del siglo XVI, esbelta y estilizada, de bella estampa moruna, y dos cines, y dos salones de baile, y...

El reloj volvió a obstinarse con la repetición de otras doce campanadas.

–También tenéis reloj, no te quejes –dijo Ventura.

–Ya, hombre.

–Pues vámonos.

POR LA JARA ALTA HASTA PIEDRAESCRITA

A la salida de Campillo de la Jara, la ruta nos brindaba dos posibilidades de continuación: bien directamente hasta La Nava de Ricomalillo, por una carretera que pronto empieza a descender en medio de un inmenso jaral que busca las mismas barbas del río Uso y deja ver una enorme depresión que no se detiene hasta las últimas –o primeras– depresiones de Los Montes de Toledo; bien por un camino vecinal hecho carretera que une Campillo con Gargantilla y nos muestra dos túneles y la estación de aquella vía de tren que jamás circuló por estos lares y se apellida «de Sevilleja». Así lo propuse y aceptamos esta última solución. Y la carretera, al poco, empieza a bajar en curvas enjutas pero no peligrosas entre hojas roturadas en medio del jaral, que también busca al Uso, y almendros a la derecha en la ladera del collado.

Y allí estaban las construcciones de la vía en una explanada que encauza al Uso: los apeaderos, la estación de embarque y desembarque, otra gran construcción cuyos corrales darían exactamente al vagón al que subiría el ganado, los túneles, a derecha e izquierda, el diseño terroso de los raíles que llega hasta Logrosán... Todo caído y derrumbado antes de ser nuevo completamente, porque jamás fue estrenado. Nombres que son fechas de enamorados, nombres obstinados en señalar el día y el año en que «César de Aldeanovita» anduvo por allí, números de teléfono de Madrid ofrecidos como cita, telegramas recaderos que anotan dónde está el grupo comiendo la tortilla... Todo sobre los paredones desconchados, entre el escombros de la techumbre desplomada... Nidos de golondrinas, nidos de aviones.

A la izquierda, elevado y tesonero, el puente que salva el río para unir Campillo y La Nava, pueblo de rebovente espíritu, y enfrente un monte cubierto de jara y pizarra; debajo pizoncas discontinuas del río. Por todas partes, naturaleza plena que, a

veces, trae el olor sabroso de la jara, y del tomillo y del cantueso, y sol, y silencio absoluto desde la hondura del valle, y cielo azul-azul e inagotable.

¡Cuántos recuerdos afloran cada vez que me hallo en estos parajes, o cada vez que aparece «la vía del tren» en las monomanías del conductor al cruzarme con ella en la carretera de la Loba, en Calera, o allá por Guadalupe camino de Lisboa por Logrosán! Tiempos infantiles aquellos en que, «los de la vía», fieles testigos de la madrugada, acudían a la panadería en busca del diario y contaban los avances y progresos en los trabajos ferroviarios. Contaban también los percances en el manejo de la dinamita y de los barrenos, y que un hombre de Sevilleja..., y que a otro del Campillo le había explotado la dinamita en las manos y se las había llevado por delante. «Y que le van a poner unos garfios de hierro por manos», dijeron una mañana, y al niño aquel se le cayó el libro de geografía que tenía sobre las rodillas...

Subimos un prieto puerto, llanada en la meseta y Gargantilla, un pueblecillo, anejo a Sevilleja, que tiene sus quinientos años intactos. Casitas bajas de anchos paredones y tejados a dos aguas, reformadas en su aspecto interior, placitas adecentadas y silenciosas, corrales entretrejidos con las viviendas de puertas pequeñas y bajas, cal en las fachadas y sobre ellas limoneros de luna, algún granado y bastantes higueras. Sarmientos de parra asoman por todas partes. Nos encantó la plaza principal, con su generosísimo pilón que no cesa en su canto fluido, fresquísimo y cristalino, y la fachada de la iglesia, con su reloj detenido en cualquier hora de todos los días y el robusto nido de cigüeña.

Desde la plaza y desde cualquier altozano, campo abierto que no se detiene hasta las crestas de la sierra de Altamira. Desde allí, el campo salta, el campo trota en lomas y cerretes, y se precipita en valles frescos entre la jara y el romero, el brezo, madroñeras, perales silvestres, la familiar retama, manchas de matorrales, algún chaparro y pinares de repoblación al llegar a Puerto de San Vicente. Enfrente, Sevilleja y su arrogante y enjundiosa sierra, donde nace Riofrío, que surte de agua a la mancomunidad que agrupa bajo su nombre.

Sevilleja es más grande de lo que creíamos. El centro y la parte de la izquierda, según entramos, está renovada, aunque se ven también callecitas de las de antes, de las de siempre: estrechas, alargadas y corridas por fachadas encaladas. Pero el ladrillo renovador ha hecho de las suyas; el casco de arriba, traspuesto y alejado, se conserva casi intacto, y mucho más que se se alza sobre la ladera de la vaguada: entre las cascas, huertos regados a mano, olivares y corrales.

En Sevilleja retrocedimos hasta La Nava, que cruzamos sin más, camino de Buenasbodas, pueblo que debe su nombre, según el rezo popular, a que un cura que pernoctaba en Sevilleja y se ocupaba de los menesteres religiosos de Buenasbodas y de otros pueblos comarcanos, tuvo a bien citar para un solo día las bodas de todo un año, total ocho, y el interior de La Jara Alta.

Chaparros y jarales nos acompañan por la estrecha carretera que, ora se precipita con ahinco, ora sube con decisión. Un cruce elevado en un ensanche se parapeta en el camino y nos ofrece ocho o diez pueblos a escasas distancias. Es el inicio del Valle del Géballo. Encinares a la derecha, después madroños, vides en pequeñas extensio-

nes, árboles frutales, y el terreno que se inclina por la izquierda. Una prodigiosa curva nos trae el valle hondo del Gébaló y a Robledo del Mazo en el hueco. Allí se detiene el auto: olivares extendidos, el verde de las viñas, huertecillos próximos al pueblo, álamos amigos diseñando el cauce del río que viene de Piedraescrita, sotales. Profundidad y lejanía y olor a jara sudada.

Una fuentecilla que mana tesonera y cercones y olivares y almendros generosos, anuncian la proximidad del pueblo y nos detenemos en su mismo corazón, pues la carretera lo cercena en dos partes equitativas. «Calle del endrino», deja leer el rótulo; «Calle de Soledad Arias Moreno».

—¿Quién es esta Soledad? —preguntamos a unos hombres que nos ven tomar algunas notas.

—Pues una mujer que ha sido la secretaria de Robledo durante más de cuarenta años. Ya está «jubilá» pero sigue siendo la secretaria, la que va a Toledo y nos arregla los papeles.

—¿Y nació aquí? —preguntó alguien.

—No, en El Campillo. ¿Conocen ese pueblo?

—Sí, ya lo creo.

—¿De dónde son «ustés», si no está mal la pregunta?

—¡Qué va a estar mal! Yo nací en La Torre de Esteban Hambrán, Ventura en Navahermosa.

—¿Y «usté», el que escribe?

—En Aldeanovita, un pueblo...

—¡Qué me va a decir, si yo también soy de Aldeanovita!

—Vaya, por Dios. ¿Y qué hace aquí?

—¡Coño! —exclamó Ventura—. Lo que te digo, el gran secreto de la NASA y bien guardado que lo tienen, es que cuando el primer norteamericano llegó a la luna, allí mismito se encontró con uno de Aldeanovita mirándole con cara socarrona al verle plantar la bandera. «Amigo, antes que tú he llegao yo», dijo el paisano.

—Que qué hago aquí, pues vivir y pasarme en el tiempo. Aquí se vinieron mis padres cuando yo tenía doce o trece años y tengo sesenta, conque...

Y lo mismo que los hombres de Gamonoso me habló de las fiestas de antaño, de lo que significaba Aldeanovita para él y para otras seis u ocho familias del pueblo que también vivían en Robledo «dende» la guerra. Pero, mientras hablaba el paisano, intuía una lucha de sentimientos que se debatían entre el amor, el recuerdo, la nostalgia y los tiempos felices pasados y la decepción del presente.

—¡Hay que ver cómo ha cambiado Aldeanovita! Dos bancos, dos cajas de ahorro, casas nuevas por todas partes, dinero, mucho dinero...

—El trato y la emigración, amigo.

—Sí, pero ya no es lo que era. El domingo «pasa» dije a mi mujer. «Arréglate un poco que vamos a mi pueblo», con la idea de ver a la familia, darme una vuelta y tomar unas buenas tapas. ¿Y qué me encontré? Voy con mis primos a un bar, y de tapas nada. Vamos a otro y nos tiraron sobre la barra unos «alcagüeses» como a los



Prolongadas rañas entre los montes. Horcajo.

cerdos el centeno sobre el dornajo. Sólo en el Hogar de la Tercera Edad nos pusieron un trozo de patata «cocía» y una sardinilla...

—¿Y de qué familia eres, vamos, si puede saberse?

—¡Por Dios, amigo, ¿cómo no?

Y lo mismo que los hombres de Gamonoso...

—Pues nada. Nos tenemos que marchar. Queremos llegar a Piedraescrita y luego a Toledo.

—¿Qué «sus sa perdío» por aquí? —preguntó otro hombre.

—Llevamos tres días por los campos de Los Montes y de La Jara. Preparamos un libro.

—¡Vaya! Son «ustés» escritores. Los escritores saben mucho.

—Menos, mucho menos de lo que aparentan.

—Pues «na». Aquí cerca está Las Humfrías, luego Navaltoril y llegáis a Piedraescrita.

En efecto; la carretera nos trajo en poco más de cuatro kilómetros Las Hunfrías, posiblemente fue antes «Humbrías», un puente inútil para saltar el cauce pedregoso y sediento del Gébaló, luego un ramal que ponía «Robledillo tres con seis», el núcleo habitado más alto de La Jara, a 895 metros verticales de la caleta de Cádiz, y «Navaltoril tres con ocho» antes de dar con Piedraescrita, emplazada a más de 850 metros de altitud para que nazcan de su vientre montuno El Gébaló mismo y el río Pusa.

EN PIEDRAESCRITA

El repecho de la carretera parte el pinar en dos y luego se detiene en una hoyuela: es Piedraescrita, lugar afamado por su ermita, por las apariciones de la Virgen, por las rancias pugnas que aún mantiene con Espinoso del Rey por cuestiones, en definitiva, de fe; por haber sido lugar frecuentado por los maquis y por haber acogido a Santa Teresa cuando caminaba hacia Guadalupe, dicen que procedente de La Puebla de Montalbán. Por muchas cosas más cobra renombre y fama Piedraescrita: porque la iglesia está cobijada por un tejado cuyo caballete se encarga de que las canales de aquí vierten hacia el Tajo y al Guadiana las de allá; porque en su sierra preferida, la de las Moradas, nacen el Pusa y el Cedena, que también dan en el Tajo. Entre sus mismas huertas aparece el Gébaló que, uniéndose a otros ríos menores y al Linchero, también busca al Guadiana. Por la limpieza de sus aguas y por la pureza del aire que se respira; porque desde tiempos de los romanos había una «piedra escrita» que separaba dos jurisdicciones en un ensanche de la calzada construida por ellos mismos; porque la Virgen no se apareció a pastor alguno, como la Peñitas, y la de Puente del Arzobispo, y la de Malamoneda, y la de Gracia en San Pablo de los Montes, que lo hizo al pastor Madaleno, y la mismísima Virgen de Guadalupe, sino a un vaquerillo de Espinoso que cuidaba reses bravas de un rico-hombre talaverano, en cuyo lugar se fijó una piedra que, parece ser, se encuentra en los cimientos de la ermita actual. Pero el lugar se conoce con exactitud, porque allí mismo se levantó una capilla, entre

Espinoso y Piedraescrita, a cuatrocientos metros del pueblo. También por ser lugar de paso de muchos peregrinos que se acercaban a Guadalupe por el camino de Toledo y de Talavera, una vez que los Jerónimos de Talavera regentaban en Piedraescrita el Mesón del Peregrino y la Casilla de los Pobres, lugar éste para los más menesterosos del camino, que podían ocupar libres de precios y de tasas.

Asimismo, es famosa Piedraescrita porque las carretas que portaban cerámica talaverana hasta el monasterio extremeño, de los jerónimos también, dieron en dejar en este lugar –dice la tradición popular y acierta casi siempre– piezas de los renombrados talleres talaveranos.

Sobre todo es famosa y conocida Piedraescrita –o debería serlo por ello– porque en la segunda aparición al vaquerillo, del que se desconoce su nombre, la Virgen le indicó el lugar exacto en el que deberían levantar una ermita para alabarla. Y este jornalero amigo de Gabriel y Galán se lo comunicó al amo; mas como el lugar quedara fuera de sus dominios, rogó silencio al asalariado y empezó a levantarla en su propia finca. Pero –aquí se repite el ardid de Penélope por designios divinos– lo construido por el día, encontrábralo en el suelo a la mañana siguiente, de modo que aquellos avisados rústicos dieron en sospechar, y de sus pesquisas dedujeron que aquél no era el sitio elegido por la Madonna. Y así las cosas, averiguaron que el lugar preferido es donde hoy se levanta y resplandece esta joya entre montañas, lo que ocurrió en 1188. Y así lo recoge el sentir popular: «Dile a tu amo que yo, / la Virgen de Piedraescrita, / dese que en este lugar / se me edifique una ermita».

Estamos ante el portalillo de la iglesia, debajo de un hermosísimo y robusto álamo negro, pero el desayuno hace aguas y decidimos dar al cuerpo, ya lo dijimos, lo que es del César antes de entrar en el recinto. Pero antes, extendemos la vista desde el impresionante balcón que nos brinda el altozano religioso. Desde aquí observamos la ceremonia en la que Los Montes y La Jara se dan la mano, se estrechan y funden a través de valles, honduras, oteros, rañas, mesas y colores verdosos y parduzcos y el azul lejano de los collados...

Buscamos la plaza, pues nunca estará lejos el bar o mesón que nos gobierne el estómago. La calle de Doña Ana de la Quintana nos lleva hasta un ensanche en cuyo centro se cruzan cuerdas con banderines festivos; al fondo, el bar, en el que la hija de la dueña, Monse, una joven de dieciséis años, se muestra más que autosuficiente. En la barra tomamos una cerveza y apalabramos la comida, y mientras la esperamos sentados a la mesa, repasamos la geografía de España en el mapa del hule y damos cuenta de una frasca de vino del país.

Monse nos brinda rin-ran que luego prepara María, su hermana menor, en forma de ensalada autóctona. Mientras, Monse departe con un grupo de jóvenes en la mesa contigua, también con hule ilustrado:

–Los de Robledillo dan más a los forasteros que nosotros. Y eso hay que decirlo, aunque no nos guste.

Y dando cuenta del rin-ran, repasando el mapa infantil de España, escuchando a Monse y midiéndonos con la frasca de vino, en verdad fresquita, leemos el programa de fiestas: competiciones infantiles, juegos de cartas, procesión y actos religiosos y

dos grupos de música, todo bajo la protección de la Asociación Cultural Higuera, en honor a la sierra más alta del contorno.

–¿Y pregón de fiestas? –preguntamos.

–Sí. Mi madre ha sido la pregonera, aunque nació en Anchuras. La han recomendado unos paisanos en Robledo del Mazo.

–¿Y cómo no viene reflejado en el programa?

–Porque se acordó cuando ya estaban hechos.

–¡Vaya, por Dios! Oye Monse, porque te llamas Monse...

–Sí

–¿Quién fue doña Ana de la Quintana?

–¡Coño! Mi profesora de matemáticas –exclamaron Ventura y Beto a la vez.

–No sé. Pero verás. Antonio, ¿quién fue...?

–Una catedrática de matemáticas que hubo aquí durante la guerra –contestó Antonio desde la mesa en que leía el periódico. Estuvo refugiada en Las Hunfrías y venía aquí a dar clase. Ella introdujo aquí el concepto de las matemáticas modernas. Nos enseñó a usar la regleta, y a hacer «conjuntos»... Todo ello supuso el destierro de la regla de tres y de la prueba del nueve. Era de Toledo.

–¡Vaya, por Dios!, mis lecciones favoritas de matemáticas, al traste –expresé con resignación.

Después trajo María una fuente con magro de cerdo y tomate, y le pedimos otra frascueta de vino. Cuando salimos del bar, el sol amodorraba y también el contenido de las frascuetas, por lo que decidimos entrar en la ermita después de cabecear a la sombra frondosa del álamo negro. La brisa corría fresca y el álamo nos abanicaba y un moscardón zumbaba, ora próximo, ora más lejano; todo ello juntamente nos despegó de los afanes terrenos durante media hora.

Real y verdaderamente la iglesia es una joya que empezó a fraguarse en los altos tiempos del románico, forrada luego con cerámica talaverana de los siglos XVI y XVII. Es pequeña, pero tiene un ábside, presidido por un Pantocrator, revestido con túnica y ojos extraviados, que porta en su mano izquierda la esfera terráquea, que viene a ser el ejemplo más occidental del románico toledano. Junto a la figura, estrellas y luna en cuarto creciente con figura de mujer. En la parte inferior de la bóveda aparecen el buey alado de San Lucas y el alado león de San Marcos. Pero todo borroso, casi imperceptible. Una pena.

Esta es la parte antigua y original, la que mandó levantar la Virgen al vaquerillo en su segunda aparición. Después, dos o tres reformas más que han agrandado el recinto y lo cubrieron con hermosísimos paneles de cerámica policromada: una en el siglo XVI y otra en el XVII; ambas reformas convirtieron la ermita en iglesia.

La cerámica tricolor recorre todo el recinto, desfigurada, maltratada por el tiempo y por la acción humana. No obstante, es una maravilla más o menos desordenada. Escenas del Antiguo y Nuevo Testamento, vidas de santos, paneles que reflejan la advocación mariana, otros dos que recogen nutridos grupos de arcabuceros españoles en los tercios de Flandes... En un panel de la pared sur se yergue la arrogante figura de San Cristobalón con el Niño al hombro vadeando el río con la ayuda de un pino por cayado.

En el testero del ábside, sobre un arco apuntado, se abre el Juicio Final, presidido por la figura del Padre. Dos largas filas de personas se dirigen hacia Él, una encabezada por la Virgen y otra por Cristo. Pasajes de la vida de Cristo, San Pedro crucificado ortodoxamente, la tentación de Adán y Eva sin hojas de parra, un retablo íntegro y magnífico en el altar de la derecha, la creación del mundo con la figura del Padre portando en una mano el sol; la luna en la otra, la Verónica mostrando el lienzo con la figura estampada de Cristo, San Damián... Son todos paneles prodigiosos que pertenecen a dos artistas distintos: los más antiguos, colocados en la primera reforma, último tercio del siglo XVI, son obra de Juan Floris, que estampó su imagen en el testero de la iglesia; el resto, que ocupa la parte central, lo realizó Juan Fernández, ya en el siglo XVII, y también dejó su retrato en la iglesia de Piedraescrita para la posteridad.

Dentro del recinto soportado por seis columnas nos llamó también la atención la pila bautismal, labrada en dos partes en piedra de granito subidas en una peana. Es el elemento más antiguo de la iglesia, pues se codea con los primeros tiempos del cristianismo, y el fresquito que el espacio nos ofrece y hasta ahora, embebidos en los impresionantes paneles, no habíamos saboreado. Este frescor procede de una piedra del altar que rezumaba agua hasta una de las reformas; ello explica que la zarza que por allí crecía se mantuviera verde y tierna durante más de doscientos años...

REGRESO A TOLEDO POR LOS NAVALUCILLOS

Retrocedemos a Navaltoril. Zarzas, un estercolero, un grupo de hombres mayores buscando el frescor de la sombra, nos traen el pueblo soleándose en la ladera. Ahora vemos el valle del Gébalo desde esta otra parte: ancho, profundo y con cien tonos verdosos. La vegetación es alta y vigorosa y la carretera se mantiene en su estiramiento. Pero cerca de Robledo del Buey se envalentona en su empeño ascendente. Allí, un cruce señala 14 kilómetros hasta Los Alares, otros tantos a Valdeazores y el camino hacia Los Navalucillos. Estamos alcanzando las Pusillas, otro límite de La Jara y Los Montes. Desde aquellos altos, aparece el valle del Pusa en una profundidad de vértigo. Tablas de agua, pedrizas a la derecha. Divisamos a lo lejos el término de Hontanar; más allá Navas de Estena. Una curva magistral nos enseña en lo hondo el pantanito del Pusa y otra unos coches detenidos que repostan en el frescor de una fuente dominadora, y Beto, atraído por el afán del agua, tan próximo y tan generoso, detiene el auto.

Castañas en plena faena de madurar el fruto, robles que trepaban sobre la naciente del surtidor, algún acebuche empeñado también en subir y zarzales cargados de moras gordas y jugosas, a derecha e izquierda de la ruta, nos rodearon por momentos. El agua de la fuente nos invitó a refrescarnos como lo hizo la «fuente milagrosa» en el camino de ida. Junto al pantano, el despoblado del Mazo; al fondo Los Navalucillos, pueblo de tratantes, y a la derecha, el merendero de Las Becerras.

Pero en el Mazo, en el mismo filo de la ruta, hay otro merendero sombreado por altos y espesos árboles y humedecido por dos o tres piscinas naturales. Quizá la hora de la tarde, quizá las moras, quizá el agua de la fuente, también milagrosa sin que

nadie lo sepa, nos despertó el apetito, por lo que tuvimos a bien detenemos en el paraje del Mazo. Mas, la hora de la tarde había agotado las raciones y el frescor de las bebidas, de modo que decidimos dar cuenta de todo ello en Los Navalucillos con la penúltima hora del sol a nuestras espaldas.

Pueblo amplio y ancho, extendido en dos llanos separados por «la raya»; aparentemente tranquilo, con casas populares que aseguran su especial carácter sencillo y sobrio, rejas de buen ver, aldabas en las puertas, una larguísima calle a la que acuden otras apresuradas, placitas tranquilas y la Plaza, realizada con un jardín a la puerta de la iglesia. Es un pueblo —¿un pueblo?— rico que esconde su riqueza en el buen gusto de la sencillez.

«... con casas populares que aseguran su especial carácter sencillo y sobrio». En efecto; hemos encontrado bastantes casas, esquinadas unas, frontales otras, corridas en el filo de la acera algunas, que sólo tienen el buen ver como signo de ostentación. Se trata de casas originales que añaden a la mampostería popular incrustaciones de piedras labradas, y a las ventanas y balcones tradicionales, formas nuevas que las distinguen y acicalan. Todas ellas, a su vez, pertenecen a la misma familia arquitectónica; se diría que surgieron de las mismas manos.

—Y así es —asegura Ventura—. Casi todas fueron hechas por alarifes portugueses. De aquí su parentesco arquitectónico.

Otras casas presentan la originalidad de esgrafiados curiosos.

«... Que esconden su riqueza en el buen gusto de la sencillez».

Esto es lo que hemos visto en Los Navalucillos, pueblo de tratantes al que admiraba Félix Urabayen y por ello le dedicó una estampa literaria, camino de Talavera.

—Fíjate que este pueblo es más rico que otros de «la raya». Es más rico porque se ha hecho, y en este hacerse superó la ventaja que le llevaban sus vecinos. Pero la gente navalucillera se ha comportado siempre igual: antes, cuando menos, y luego cuando más. Mira un detalle definidor. Los Navalmorales y este pueblo tenían su respectivo Casino. Pues bien; los domingos y demás fiestas de guardar en Los Navalmorales, si querías entrar, debías hacerlo con traje y corbata; aquí, sin embargo, entrabas como Pedro. Claro, eso era antes. Ahora corren otros tiempos, y éstos y aquéllos todos Pedro.

—Sí, este pueblo no tiene nada de señoritingo; de aquí que aflore un punto o dos más de elegancia que en otros muchos pueblos, y sin perder la compostura ni el noble carácter popular, sin la pedantería de otros que conocemos. Aquí se respira aire popular dentro del recinto, o de los dos recintos.

«... O de los dos recintos». Pues sí. Callejeando damos con «La Raya», una enorme y alargada rúa que en sus primeros y segundos tiempos fue cordel o cañada que, amén de servir de tránsito ganaderil —y de aquí, posiblemente, les venga a los navalucilleros su afición al arte del trato—, separaba dos poblados: el del Pusa y el toledano. De aquí el plural del nombre del pueblo, o de estos dos pueblos unidos en uno. Un pinete de piedra adosado en la esquina que da inicio a la calle lo asegura, como testigo callado, pero fidedigno. Sí, dos pueblos que pusieron en práctica el decir de los evangelios por boca de Felipe II: «Es mi deseo que desaparezcan los odios y

reine la paz de Dios en esos pueblos que en su mitad son de Talavera y en su otra mitad son de Toledo». Desde entonces, y desde mucho antes, han compartido abrevaderos para el ganado, «según las ordenanzas de la jurisdicción de ambos lugares»; han participado de la misma convivencia rural, de las mismas riquísimas y abundantes aguas y de la proliferación de robustos y generosos árboles frutales, entre los que siempre ha sobresalido el carirredondo melocotón para disputarse en fama y calidad con los de la La Puebla de Montalbán. Por todo ello se hizo proverbial la fraternidad de ambos lugares y la devoción que manifiestan a la Virgen de las Saleras.

Quizá la afición de estos hombres al trato haya hecho de Los Navalucillos un pueblo de abundantes y sutidos bares, pues sabido es que cada operación tratoril era cerrada con el alboroque.

Y callejeando damos con la Plazuela del Hospital y encontramos gentes tranquilas, sentadas en sillas de anea, y con La Cruz Blanca, en referencia a la orden religiosa que regentaba el hospital, y con la robusta mole religiosa levantada con ladrillo mudéjar en el siglo XVII sobre restos de otra más antigua. A la entrada de la iglesia, en un lateral del soportal, leemos la inscripción de la placa: Ventura Jiménez, el Héroe del Tajo, guerrillero muerto el 20 de junio de 1810 a consecuencia de las heridas de guerra contrá el invasor francés, sepultado en esta iglesia.

—¿Quién fue este vecino?

—Un moracho, un valiente guerrillero de Mora que tenía el centro de operaciones en Los Montes —apunta Ventura—. Luchó contra los franceses y les puso en jaque en varias ocasiones. Sin ir más lejos, en Almonacid. Él fue, en definitiva, quien liberó el pueblo, ocupado por más de quinientos «gabachos». Los hechos de Almonacid le valieron el grado de capitán. Hostigó constantemente a los franceses que estaban en Toledo, y en 1810 atacó a los franceses por el puente de San Martín y fue herido. Le llevaron a Navahermosa, en donde testamentó. Murió a consecuencia de las heridas.

—¿En Navahermosa?

—No, aquí, en el hospital de Los Navalucillos. Y según la partida sacramental está enterrado en esta iglesia.

El interior es un amplísimo recinto, alto y robusto que en nada se parece a la debilidad del ladrillo exterior. Nos llama la atención el retablo barroco del altar mayor presidido por San Sebastián...

—Pues ese retablo... Durante la guerra —dice Ventura— intentaron tirarlo con dos pares de mulas. Pero no fue posible porque en el intento, en los intentos, las mulas resbalaban.

.....

La noche nos había ganado y Beto pidió «otra cervecita, que nos ayude a terminar la ración de orejas». Ventura miró muy serio el reloj y yo escondí el esbozo de la sonrisa en el apuro de la primera jarrita...

En Los Navalmorales, finisterrae de Los Montes, aunque hay que salvar el Pusa para alcanzar La Jara, la canal de un arroyo divide por el costado las tierras de Toledo

y las fluviales. La calle de la Feria, en el barrio de la «tierra toledana» y la iglesia de San Antón en el alto de la Soledad. Pero en ambos cascos prima el comercio sobre el arte del trato, diferencia inapelable que les distingue de los «chachos» navalucilleros.

Calles lustrosas y aseadas y de aspecto cuidado, con casas con pretensiones señoriales. La estampa diseñada de la iglesia y la silueta de la torre elevada por Fray Lorenzo de San Nicolás a mediados del siglo XVII...

Dicen que el Navalmoral de Toledo lo fundaron unos labradores de La Puebla de Montalbán frente al de Valdepusa, que presumía de «villazgo».

El enorme parque nos despide desde las antiguas huertas de los Capuchinos, exclaustros en el siglo XIX. Una impresionante hilera de cruces de granito refulgía como sendero del mundo creyente en la agonía del horizonte rojizo. El Cerro el Santo, a la izquierda, adonde acuden los navalmoraleños a celebrar a San Sebastián cada 20 de enero. El antiguo poblado-despoblado de Herrera, cabeza de una de las siete cuadrillas de Los Montes, la famosa Cuadrilla de Santa María de Herrera, en torno a cuya ermita se citaban Los Navalucillos y Los Navalmorales, a quienes ni la Virgen Madre ponía de acuerdo porque los navalmoralenses pretendían cobrar la «alcabala del viento» a sus convecinos...

La urbanización del río Cedena ha puesto cientos de ojos en la joroba del monte. La carretera se hace polvo antes de llegar al campo de aviación republicano, ya cerca de Navahermosa; luego pueblos festivos y la pátina dorada de Toledo iluminado. Sobre el puente de San Martín despuntaban los pináculos de San Juan de los Reyes...

ÍNDICE

Página

Haciendo camino	7
El Milagro: castillo y ermita	8
En El Molinillo y la Fuente milagrosa	10
Por las lindes de Cabañeros	14
Parada y fonda en Alcoba	17
Fontanarejo de los Naranjos y las Hoces del Guadiana	21
Hacia Horcajo	22
Horcajo y sus montes, lugar de paso	25
Por los confines de las provincias. Anchuras	28
En Gamonoso, donde la historia se hace intrahistoria sublime	30
Ahora, en las lindes de cuatro provincias. La Presa del Cijara y Puerto Rey ..	35
En Aldeanovita. Una lección de astronomía	38
Por la Jara Alta hasta Piedraescrita	43
En Piedraescrita	47
Regreso a Toledo por Los Navalucillos	50

JUAN JOSÉ FERNÁNDEZ DELGADO

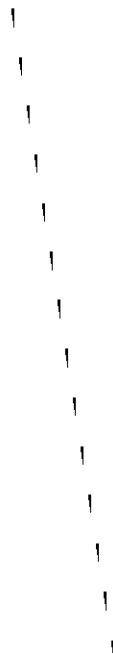
Nació en Aldeanueva de San Bartolomé (Toledo). Se doctoró en Filología Románica con su tesis *Félix Urabayen: La narrativa de un escritor navarro-toledano*, trabajo que publicó después CCM como *Félix Urabayen: Su narrativa*. También publicó CCM su libro *Estampas olvidadas en los Campos de La Jara*.

Ha desempeñado su labor docente en varios institutos de Madrid y en el Instituto Español de Lisboa durante seis años; asimismo ha impartido clases de Literatura, durante diez años, en la U.N.E.D., en Centros Asociados de Madrid y en la Universidad Nova de Lisboa. Durante doce veranos dio clases de Español para Extranjeros en la Universidad Internacional Menéndez y Pelayo (Santander) y un curso en la Universidad de Varsovia. Actualmente imparte clases de Lengua y Literatura en el I.E.S. «Carlos III» de Toledo.

Durante su estancia en Lisboa escribió dos libros: *Lisboa: Razón de amar*, publicado en portugués, y *Por tierras de Portugal: Historias y leyendas*, inédito.

El I.P.I.E.T. le ha publicado dos libros: *Félix Urabayen: La narrativa de un escritor toledano* y *Personajes femeninos por las calles de Toleão*. Ha escrito una novela, *La última página*, inédita, un libro de cuentos, *Gentes de mi incumbencia*, y un libro sobre Toledo, *Personajes históricos y literarios en las calles de Toledo*, inéditos los dos.

Es colaborador y cofundador de la revista *Toledo: Tierras y pueblos*.



COLABORACIÓN EN TEMAS TOLEDANOS

Las propuestas de trabajos para su posible publicación en TEMAS TOLEDANOS deberán cumplir las siguientes normas:

1. Los originales, preferentemente inéditos, deberán estar adaptados a las características de esta colección. Se enviarán dos copias. No se devolverán originales.

2. Los originales irán escritos en papel blanco tamaño folio o DIN A-4 y mecanografiados a dos espacios. Habrá de respetarse un margen de tres centímetros por el lado izquierdo, de un centímetro por el lado derecho y de dos por los márgenes superior e inferior (para facilitar las equivalencias en los tipos de imprenta).

3. La extensión máxima de los trabajos será **inexcusablemente** de 50 folios y la mínima de 35.

4. Por el carácter divulgador de esta colección se procurará incluir en el texto las referencias a las fuentes; en cualquier caso, las notas se publicarían al final del texto.

5. Todos los trabajos deben incluir una **Orientación bibliográfica y de fuentes documentales** comentada, para la cual se propone el siguiente criterio:

a) Libros: AUTOR (apellidos y nombre), TÍTULO (subrayado, no entrecorillado), CIUDAD, EDITORIAL y AÑO.

b) Revistas: AUTOR, TÍTULO (entrecorillado), REVISTA (subrayado), CIUDAD, TOMO, NÚMERO, MES Y AÑO.

6. Es muy conveniente enviar sugerencias o motivos para ilustración, preferentemente dibujos, que se presentarán en tinta china sobre papel vegetal.

7. Se acompañará una breve nota biográfica del autor o autores, que no debe exceder en ningún caso de un folio.

8. Por cada trabajo impreso se entregarán 25 ejemplares al autor o autores y 5 al ilustrador o dibujante.

9. El Consejo de Redacción de Temas Toledanos, que acusará recibo de los originales, se reserva el derecho de decidir la aceptación de los trabajos, así como el orden de publicación de los mismos.

SUSCRIPCIÓN A TEMAS TOLEDANOS

También puede disfrutar de la lectura de *Temas Toledanos* si se suscribe a la colección. Recibirá los libros puntualmente en el domicilio que nos indique, inmediatamente después de su publicación.

La suscripción comprende 10 números más un extra. El importe se abonará mediante recibo a través de banco, para mayor comodidad de todos.

Si desea suscribirse o mayor información llame a:

I.P.I.E.T.

925 25 93 67



Geografía y Naturaleza



Historia y Arte



Etnografía y Tradiciones



Literatura



Diputación **P**rovincial de **T**oledo

Diputación de Toledo. Servicio de Publicaciones